

EL MUNDO

Año VI - Tomo II

México, Domingo 5 de Noviembre de 1899.

Número 19



DUELO

ALCALDE.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El gran día de fiesta en las necrópolis no es en verdad un día de recogimiento y de dolor para los vivos. Lo que sucede es que la alegría se pone un poco melancólica para visitar las tumbas, y la vanidad, cansada de ostentarse en teatros y paseos, encuentra oportunidad de lucir su fantasía en los adornos de los monumentos sepulcrales. El hombre ha de ser siempre un aferrado a la vida, y, por lo tanto, un olvidado de la muerte. Esta manifestación de pena obligatoria, consagrada por una secular costumbre, se ha desvirtuado con el tiempo hasta convertirse en profanadora verbenas populares.

Bien es cierto, que vista la existencia, bajo el aspecto pesimista de un Schopenhauer, puede repetirse con el filósofo que la vida de cada hombre contemplada de lejos y desde arriba, en su conjunto y en sus rasgos más salientes, nos presenta un espectáculo trágico, pero si se recorre en detalle, tiene el carácter de una comedia. El modo de vivir y el tormento del día, el incesante malestar del momento, los deseos y los temores de la semana, la desgracia de cada hora, bajo el azar que trata siempre de chasquearnos, son otras tantas escenas de comedia.

Pero los anhelos siempre burlados, los vanos esfuerzos, las esperanzas que huella la suerte implacable, los funestos errores de la vida entera, con los sufrimientos que se acumulan y la muerte en el último acto, he aquí la eterna tragedia. Parece que el destino ha querido añadir la befa a la desesperación de nuestra existencia, cuando ha llenado nuestra vida con todos los infortunios de la tragedia, sin que ni aun siquiera podamos sostener la dignidad de los personajes trágicos. Lejos de ello, en el amplio detalle de la vida representamos inevitablemente el ruín papel de cómicos.

Sin embargo, este mismo filósofo, tan descreído, tan desengañado, tan doloroso, tiene en uno de sus libros esta página, colmada de consuelo y de fé: «Cuando en Otoño se observa el pequeño mundo de los insectos, y se ve que uno se prepara un lecho para dormir el pesado y largo sueño del invierno, que otro hace su capullo para pasar el invierno en estado de crisálida y renacer en un día de primavera con toda su juventud y en toda su perfección; y, en fin, que la mayoría de ellos, al tratar de tomar descanso en brazos de la muerte, se contentan con poner cuidadosamente sus huevecillos en lugar favorable para renacer un día rejuvenecidos en un nuevo sér, ¿qué otra cosa es esto sino la doctrina de la inmortalidad enseñada por la naturaleza? Esto quiere darnos á entender que entre el sueño y la muerte no hay diferencias radicales, que ni el uno ni la otra ponen en peligro la existencia. El cuidado con que el insecto prepara su celdilla, su agujero, su nido, así como el alimento para la larva que ha de nacer en la primavera próxima, y hecho esto, muere tranquilo, párese en todo al cuidado con que un hombre coloca en orden por la noche sus vestidos y dispone su comida para la mañana siguiente, y luego se sitúa á dormir en paz.»

* *

La semana lírica ha sido de un inesperado aburrimiento. Dicen que el aire de estas alturas tiene la culpa de los contratiempos y fracasos. ¡Picaro elemento! La verdad es que el catarro no sólo daña las gargantas de los apreciables artistas, sino que violenta un poquillo al público y estas violencias se resienten en la contaduría. Hemos oído esta semana un *Rigoletto* muy fastidioso. Cualquiera diría que el aire no quiere ya música vieja y que fastidiado de tocar temas de ópera en los organillos, se venga de la manera más cruel introduciéndose en la boca de los artistas é impidiéndoles cantar.

Pero, en fin, la empresa del Nacional, para recompensarnos un poco, nos promete *Otello* y *Fausto*.

Ah! la gran obra de Verdi. Para seguir la figura del terrible moro no se necesita más que apretar el lápiz: la silueta debe ser muy fuerte y muy negra, con el objeto de buscar el contraste, porque el contorno de Desdémona, hecho con extraordinaria delicadeza, apenas sí ha de verse, como embebida en la luz, sobre la blancura del papel. Así ha de ser el croquis de este cuadro sublime.

Pero, bien pensado, ni *Otello* ni *Desdémona* son los principales personajes, dramáticamente hablando, de la ópera de Verdi. La primera figura es Yago, un Yago distinto del que Shakespeare creó, y como más alto, más metafísico, menos humano, menos real por lo mismo.

Arriego Boito, sugerido por su *Mefistófeles*, le dió á Yago todos los caracteres del ángel rebelde. No es sólo la vengativa envidia lo que domina al Yago de Boito, es la maldad infinita, el odio eterno, el rencor á la luz, inacabable y profundo, del rival de la *Crea-*

dora Misericordia. El alferez veneciano del inspirado libretista no es un hombre, es un espíritu; es el Diablo.

Cuando dice el *Credo*—monólogo de pesimismo infernal—esperamos ver, de un momento á otro, que se abran sus grandes alas de murciélago y que ahogue en ellas todo resplandor. Yago tiene carcajadas de Satán rabioso, é ironías de demonio vencido. Es un filósofo más serio, pero menos experimentado, y sobre todo, menos agudo que el Perverso de Goethe.

No lo imaginó así el excelso poeta inglés. Boito, quizá para hacerlo más lírico le dió esos vuelos tan poderosos.

Yago es el alma de la ópera de Verdi. Siempre en escena, insinuante y sutil, vertiendo sus palabras, recelosas en el gran corazón de Otelo, como quien gotea veneno en una ánfora de bronce. Sólo cuando reza Desdémona no le vemos, pero le oímos; es la ráfaga de viento que golpea desesperadamente la vidriera de la cámara nupcial y hace oscilar la llama de la lámpara.

Otelo es un puñal de ébano esgrimido por la mano de Yago en torno de Desdémona, esa blanca epifanía del candor y de la piedad.

Boito no debió haber cambiado nombre á su libreto escrito en rotundos y elegantes versos; no debe llamarse *Otello* ese drama musical. No es él el héroe de esa trágica desventura; en el fondo de esa sombra parpadea una roja llamarada hacia la que van los ojos atraídos y en la que se quemán las almas como nocturnas mariposas.

Cada vez que oigamos esta ópera la llamaremos como el poeta pensó: *Yago*.

* *

También es muy amada nuestra la obra de Gounod. El fragmento del gran poema alemán, puesto en solfa tiene para nosotros un dulce y sereno encanto.

El viejo Goethe era un impasible. Amaba la serenidad olímpica de la eterna belleza. Meditativo profundo, hundía su pensamiento en el océano de la vida, sin temor á los temblores de la ola. Analizaba mucho este poeta supremo que no sintió jamás los frenesíes de las pasiones cuando se exaltan, ni los arrebatos de los ideales cuando se enloquecen. Por eso las creaciones de este inmóvil sublime son todas símbolos. Bajo el negro birrete de *Fausto* sueña la Humanidad; con la carcajada de *Mefistófeles* ríe la Duda; el corpiño azul de Margarita como el niveo peplo de Helena, ciñe los senos palpitantes del eterno femenino.

La celestial música de Gounod encontró en el pentagrama notas de suprema expresión. En medio de los cantos idílicos cuyas frases de amor están hechas de rocío, luz de luna y perfume de flores, suena la epiléptica carcajada de Mefisto. Es la historia de todos los amores. Es nuestra propia historia. El inmortal maestro encerró en la pauta nuestros secretos. Era un vidente.

Ahora la compañía de ópera nos promete la audición de estas dos magnas obras. Las esperamos con entusiasmo.

Enrique

El Exterior

Revistas Políticas y Literarias

- 1.—LOS LATINO-AMERICANOS.
- 2.—GABINETES EUROPEOS.
- 3.—FRANCIA; LA RECONCILIACION NACIONAL; UN POCO DE FILOSOFIA HISTORICA.
- 4.—AUSTRALAFRICA.

Las repúblicas latino-americanas, hermanas nuestras, van saliendo difícilmente del estado de equilibrio inestable en que nuestra falta de preparación en la práctica de las instituciones libres, nos colocó en el período subsecuente á la lucha de emancipación. Visto en su aspecto inferior todo ello, parece responder á estos móviles: deseo de los hispano-americanos de gozar de las rentas públicas (empleos, contratos, granjerías) sin la terrible competencia de los peninsulares; después disputa de la presa entre los criollos, que disponían del ejército y el clero, y los mestizos que carecían de privilegios, tanto en el orden social como en el político. Victoria de éstos; empeño de los vencedores en enganchar el carro de la patria en el tren *express* de la civilización: colisiones, descarrilamientos, siniestros, retardos (parece que estoy hablando de los ferrocarriles del Distrito); mas, en suma, marcha el tren.

Visto desde un poco alto, se nota cómo este movimiento no es puramente del orden económico, íbamos á decir, instestinal, es también del orden psicológico, y en el combustible del motor no ha habido solo pasiones inferiores y utilitarias, sino ideales excelsos, ensueños patrióticos, anhelos de levantar de un arranque solo, una raza mantenida sistemáticamente en los limbos de la civilización humana á sus cimas más elevadas.

Pero no todo lo que en el orden ideal es bueno, en el orden real es práctico, y de aquí tantos contrasentidos, tantas incompatibilidades entre las teorías y la posible, tanta mentira escrita, tanta falta de libertad en los hechos, tantas ideas muertas, tantas necesidades vivas y tamañas dificultades para ajustar y empalmar todo esto y para que todas estas antinomias y luchas se sumen en un poco de progreso y de vida. Cuando por todo ello se censura á los latinos de América, cuando se les quiere escatimar el tiempo para resolver definitivamente problemas que en otras partes se han resuelto á medias en siglos y siglos de civilización y orden, y se quiere atribuir todo esto á imposibilidades radicales de la raza para llegar á donde aspiran, se comete una suprema injusticia. Lo que no quiere decir que no sintamos un movimiento de impaciencia dolorosa cuando vemos que todavía en algunos de los grupos sud-americanos se pretende fiar á las asonadas militares, á los *pronunciamientos*, á las guerras civiles que son forzosa-mente el germen de otras guerras civiles, la realización de progresos políticos y sociales.

Ya no es hora de esto, ya es preciso cerrar esta cadena, ya es preciso llegar á la última de estas escenas desalentadoras y comenzar una nueva vida. Por eso, sin fijarnos en programas, ni en planes, ni en manifiestos, aun cuando parezcan maravillas de liberalismo y progresismo, nos vemos inclinados, cada vez que el telégrafo nos habla de revoluciones en Venezuela, en Colombia, en el Perú, en Guatemala, á hacer votos por el triunfo del Gobierno sea el que fuere. Sólo hacemos excepciones en los casos en que el gobierno significa obstrucción resuelta al progreso moderno y resuelta decisión en mantener la sociedad aplastada bajo el privilegio de una clase. Pero en donde la ley misma deja la puerta abierta para la reforma, aun cuando esa reforma esté por hacer, aun cuando haya inmensa resistencia para llegar á ella, deseamos que se hagan á un lado las soluciones militares, á todo trance, á todo riesgo. En el Ecuador las comprendemos; en Venezuela, en Colombia, no.

* *

En espera de los acontecimientos políticos que traerá consigo la reapertura de la mayor parte de los parlamentos europeos, casi todos los *gabinetes* viven quietos, pero parecen provisionales. Las Cortes funcionan en Madrid desde hace dos ó tres días y la cuestión financiera, la suprema en la España actual, tornará á ser revisada, discutida y resuelta á medias. Libre el ministerio español de la presencia embarazosa del general Polavieja, que manifiestamente tenía la conciencia de constituir una entidad tan importante como el resto del ministerio y que se había aferrado, no sólo en no hacer economías en el ramo, sino en exigir aumentos en su presupuesto, para lo que habría sido preciso prescindir de los gastos indispensables en los otros departamentos, y cubierta la vacante con el cuerdo y desilusionado, si no desalentado general Azcárraga, el ministro de la guerra de Cánovas, el gobierno del señor Silvela ha readquirido consistencia, y hasta la visita intempestiva del ministro ruso de relaciones exteriores del Tsar á la reina, le ha dado cierto prestigio: parece que tiene entre manos una profunda combinación diplomática. No lo creemos; tampoco creemos que haya sido la del conde Muraviev una simple visita de cortesía: ¿á qué fué? Lo del matrimonio de una infanta con un gran duque ruso, no puede ser; dados los temperamentos de ambos pueblos es imposible casi que uno de los cónyuges abandone su religión, y este requisito es indispensable, sobre todo en Rusia. Yo creo que hay que buscar el hilo por el lado de D. Carlos que recibía, si no es que recibe todavía, una pensión del Tsar. Un acuerdo definitivo entre ambas familias importaría más para el porvenir de España que aumentar con diez blindados su marina... por ahora. Pero sobre todo el ministerio Silvela vivirá, porque no hay otro posible. Los ultraconservadores tienen las cuatro quintas partes de la opinión en contra; los sagastinos, esos reconstituidos con otros jefes son los sucesores probables, pero no antes de tres ó cuatro años ¿los republicanos? Imposible. El señor Silvela es, como la república de M. Thiers, el gobierno que divide menos: por eso, si no nos equivocamos, tiene el tiempo frente á él.

En Italia, gracias á la respetabilidad del señor Visconti Venosta, igualmente estimado, cosa singular, en Francia que en Alemania, el gabinete Canevaro, con su sistema precario de decretos reales (sobre seguridad pública) en vez de leyes, vivirá hasta el próximo período de ciclones parlamentarios. Yase nota contra él la conjura de diversos grupos políticos que le harán una vida muy difícil.

En Viena el ministerio Clary representa también

una transacción, casi funda su derecho de vivir en su insignificancia; el grupo alemán y el grupo eslavo, el bohemio, sobre todo, ¿desarmarán ante él? Precisamente tendremos la respuesta en estos días en que reanuda también sus sesiones el parlamento, después de nueve meses de receso. Es en realidad una situación única la de este imperio austro-húngaro; el pacto de unión entre las dos grandes personalidades nacionales que lo componen, no se ha renovado; rige un acuerdo puramente provisional, un expediente; y he aquí que una tercera personalidad cada vez más poderosa, la eslava, (polaca, bohemio y eslavona) quiere una silla de honor en el banquete! No es chico el enredo este, ¿pertenece al género grande?

En Berlín, todo el trastorno que se predecía con motivo del voto de los conservadores, contrario al canal del Elba, defendido con el ímpetu pomposo que al Emperador es habitual, terminó con la dimisión de dos ministros; ¿pero el envidiadísimo Herr Miquel, el consejero favorito de quien se decía que era el instigador secreto de los conservadores, por qué no renunció? Porque á ese no renunciará Guillermo II, en mucho tiempo, quizás en ningún tiempo; tiene muchísimo talento, mucho conocimiento de los partidos y de los recursos del imperio para poder ser reemplazado en el ánimo imperial. No puede ser canciller del imperio, porque no es hombre de alta alcurnia, pero es quien lo dirije en realidad.

* *

No es en la voz de los corifeos políticos, por sensatos y respetables que sean como M. Meline, que se sirven para conmover al país y presentarse como sus salvadores posibles, del espantajo socialista de la guardia nacional substituida al ejército, porque de este *desideratum* no hacen caso ni los socialistas mismos, que no tienen inconveniente en solidarizar con el actual Ministro de la Guerra, que no tiene trazas de querer desempeñar el papel de Comandante general de la guardia nacional, como Lafayette; no, cuando se quiera saber lo que piensa la Francia, que verdaderamente piensa, la que piensa alto y siente hondo, hay que recurrir á los escritos de hombres de indiscutida imparcialidad, cuando á un conocimiento profundo, insuperado, de la historia de su patria, unan una inteligencia capaz de hacerlos penetrar analizando, dentro de la situación actual, hasta dar con sus elementos irreductibles. Un ejemplar de esta especie de hombres que no se hallan ciertamente por docenas ni en los *meetings*, ni en la prensa y ni en las academias, es Ernesto Lavissee, maestro, de cerca ó de lejos, de cuantos nos ocupamos en estudiar historia. Acaba de publicar un estudio con el título de «La réconciliation nationale,» que es lo más filosófico que sobre el estado de la sociedad francesa, al desembarcar de *l'affaire*, se ha escrito en el último año.

Lavissee (y si yo fuera más tonto, ó lo que es lo mismo, más presuntuoso de lo que soy, me daría el inocente placer de remitir á mis lectores á la primera revista en que hace algunos meses hablé del caso Dreyfus) muestra que, no en el proceso que no fué más que la causa determinante de la explosión, sino en la terrible disensión civil, «que es al proceso lo que la mar al navío,» hay una lucha que tiene su raíz en toda la historia de Francia, *entre dos modos distintos de concebirla*; entre dos maneras distintas de comprender la vida nacional. El eminente profesor recuerda la íntima unión, la solidaridad que en el pasado había entre el altar y el trono, y como de estas dos fuentes provino el espíritu que informaba al ejército hasta los tiempos de las cruzadas. Luego el ejército en los tiempos modernos, no era de la nación, de los pueblos, *de mis pueblos*, como decía el monarca que los veía á sus pies, sino del Rey.

Las revoluciones disgregaron la trinidad: iglesia, rey, ejército y, en Francia, acabaron con el rey; mas la iglesia y el ejército, instituciones especiales, de educación especial, hasta de traje especial, viven aislados, por decirlo así, de la sociedad, y como viven puramente de historia, viven en lo pasado, á lo menos en la conciencia de sus jefes. Ahora bien, el ejército organizado forzosamente de un modo jerárquico, como la iglesia, tiene en la República una causa perpetua de desorientación, si no de descontento: no ve la punta de la pirámide jerárquica, no ve al jefe. El jefe, según la constitución, es el Presidente de la República; pero eso es una fórmula, no es una verdad, no es un hombre. No es un hombre que sepa llevar los escuadrones y batallones á la guerra: ahora bien, la guerra es al ejército como la función al órgano; sin la función ¿cuál es el porvenir del órgano, para qué sirve? Jefes del ejército, como presidentes civiles, que no amen la guerra, sino la paz, parecen contrasentidos al ejército, y son, sin embargo, necesidades.

En suma, la semejanza de organización, la comunión de los recuerdos, la alteza de los ideales, la circunstancia de que las instituciones en donde hay para los individuos peligro de muerte son religiosas, al grado de que «si la religión se retirase de la tierra, su último refugio estaría en almas de marinos y soldados.» todo ello explica la simpatía entre la Iglesia y el Ejército, y demuestra que no pueden dejar de sentir la supresión de *el Rey*. No que conspiren, no; sino que añoran (Emilio Castelar daba á este provincialismo español el valor mismo del vocablo francés

regrettent), al monarca, y al Presidente lo tratan, oficiales y obispos, como si fuera un rey, es la imagen, el espectro del *Ausente*. Ahora bien, en torno de estos elementos que han representado *el orden* al través de toda la historia, y que lo representan todavía, se agrupan instintivamente todos los hombres de orden, inclusive un gran número de republicanos, todos los conservadores; los liberales se arriman á la iglesia de León XIII por justo horror á la revolución social; hay en el fondo de eso «una preferencia dada al agua bendita respecto del petróleo.»

En el campo contrario todo es división y discusión: socialistas y republicanos son fundamentalmente incompatibles; «no existe una idea común de orden publicano capaz de concentrar á todos los adversarios del orden monárquico.» El estudio que resumimos hace hincapié más de lo justo en esta situación del partido avanzado; estas divisiones no pueden concluir, es verdad, pero sí pueden convivir por medio de treguas y transacciones; ahora bien, es una máxima política profundamente cierta que sólo las transacciones perduran.—Lo único, añade Lavissee, que los liga es una especie de hostilidad á todo sistema de contrapeso á la voluntad de la Asamblea que representa directamente al sufragio público; de donde resulta un odio común al Senado y á las facultades del Presidente.

Para este grupo la Iglesia es el más temible adversario. El ideal de la Iglesia, que considera la tierra como un pasadizo de dolores y lágrimas entre el paraíso perdido y el paraíso celeste se contrapone al de los nuevos, que creen que en la tierra puede realizarse lentamente un paraíso por la supresión de la miseria y la mejor distribución de la justicia. Y como de sus ideales nace para la Iglesia la necesidad de ser conservadora por inmutable, resulta para unos el deseo de sofrenarla, para otros el de romper todo contacto con ella, para muchos el de reducirla por la persecución y el miedo. Estos no saben historia.

Para el mismo grupo el ejército también es odioso, porque es una escuela de obediencia pasiva y el obstáculo natural á las esperadas revoluciones. Además, la aventura boulangista conmovió la cariñosa confianza que en casi la unanimidad de la nación existía en el ejército, representante armado de la Patria ante la insolencia irónica del vencedor. De aquí vino cierta inquietud en unos y el deseo de destruir el ejército en otros.

Lavissee busca el terreno de la reconciliación de estas dos Francias en lucha entre las mismas fronteras; el ensueño patriótico consistiría en que la lucha prosiguiese en la libertad y por la libertad y, por medio de mútuas concesiones, llegase á ser una reconciliación. Nunca podrán realizarse los programas extremos; ni resucitará jamás el absolutismo del Rey apoyado en la Iglesia y el Ejército; ni puede entreverse siquiera el momento histórico en que pudieran suprimirse ó la Iglesia ó el Ejército. La Iglesia da á las multitudes preceptos, esperanzas, terrores, una explicación de la existencia, y en suma, lo poco de vida moral que las eleva por encima de la animalidad. Cierto, añade, creo en la emancipación final de la razón. ¿Pero cuándo? ¿la fecha? Será por el año 19,000!... Y el ejército tampoco puede transformarse al grado de que deje de serlo; la situación de la Francia mutilada exige un ejército que lo sea.

Pero no todo debe permanecer así, no puede ninguna institución substraerse á la ley del perpetuo *devenir*. La Iglesia debe aspirar á ser y lo será, una gran asociación libre; esto es lo que llamamos la independencia entre la Iglesia y el Estado ¿será entonces más temible? Tal vez, pero que el Estado se defienda. Tiene para eso la Escuela. En cuanto al Ejército su transformación debe ser distinta de la insensata soñada por los socialistas; el Ejército debe convertirse en una escuela de educación nacional. Así reforzará su energía moral y se unirá íntima y profundamente á la Nación.

Esta transacción no es un sueño; no se hará entre el que persiste en ser el gentilhomme monarquista y el socialista revolucionario, sino entre los que dirigen los batallones políticos en que se esconden el monarquista y el comunista: entre M. Meline por un lado y M. Bourgeois, por otro, verbigratia. Y yo agrego: un principio de transacción está simbolizada precisamente en el ministerio en que bajo la dirección del político más eminente de la Francia actual, Waldeck-Rousseau, se encuentran reunidos Gallifet y Millebrand; este es el primer esbozo serio de reconciliación nacional.

Lavissee termina su estudio con estas palabras elocuentes, dictadas por el más acendrado y reflexivo de los patriotismos:

«¡Oh! vosotros todos los que durante este terrible año, sin inrerés egoísta, honradamente, habéis sufrido tanto y en vuestras leales conciencias francesas; vosotros que, en la contraposición que una espantable equivocación había causado entre la justicia y el ejército, os habéis afiliado entre los partidarios de éste ó de aquélla, igualmente convencidos de que defendiais á la Patria en peligro: los que habéis seguido las preferencias de vuestros instintos, ora el pasado os encante y os retenga en la proyección de su gran sombra; ora améis el presente y creáis en el porvenir de la Francia republicana; los que os habéis exal-

tado, exasperado unos contra otros, comenzad ¡oh! hermanos enemigos, por hacer á nuestro país esta justicia, que es acaso el solo en el mundo en que tantos hombres sean capaces de atormentarse á impulsos de nobles sentimientos. Y apaciguaos en esta idea que, juntos todos, sois la Francia una persona histórica muy grande, animada de pasiones que, una por una, tienen su fuente en nuestra historia y que por ende vuestras querellas resultan inevitables manifestaciones de nuestra vida nacional.

«Y comprended también, cuantos habéis defendido lo que, en vuestra conciencia, creáis que constituía el bien y el honor de la Patria, comprended, repito, que el odio mutuo de los ciudadanos es, para la Patria, un peligro de muerte. Antaño, en lo más encarnado de las guerras de religión, Miguel de l'Hopital, interponiéndose entre los combatientes les rogaba que recordaran que eran franceses. «Atrás, decía, esos diabólicos nombres de hugonotes y papistas.» Las palabras dreyfruseros y antidreyfruseros son más diabólicas todavía; echadlas fuera, continuad defendiendo en libertad, ante vuestro país, vuestros credos políticos contrarios que sobrepasan al proceso y le sobreviven; pero como patriotas, ofreced á la Patria el sacrificio de vuestros rencores.

«Os juzgará vuestro país y su fallo será justo. Porque otra crisis vendrá, acaso movimientos de reacción, acaso golpes revolucionarios y habrá villanías y deformidades—males de constitución en la historia de los hombres—mas la resistencia á lo pasado y el esfuerzo revolucionario, deteniendo el uno y empujando el otro, trabajan de consumo en la creación de una Francia en que habrá mayor libertad, más justicia, menos interés. Emancipemos nuestro país de lo pasado sin renegar de él, resolviendo problemas, en otras partes apenas plantados, encontrará su fuerza y su empuje, y, al mismo tiempo prestará un servicio con su ejemplo, una vez más al resto de los hombres.»

* *

Las noticias de la guerra en Natal, en el Bechuana y Gricqualands, es decir al Este y Oeste de las Repúblicas libres, son por todo extremo interesantes. Sitando á Mafeking, Vryburg y Kimberley, sobre la línea del ferrocarril que va del Cabo á la tierra que lleva el nombre de Rhodesia, en honor del famoso Cecilio, los boers han inmovilizado la invasión posible por el lado occidental, á reserva de quebrantarla definitivamente á pesar de los trenes blindados del coronel Baden Powell, para los cuales suelen ponerse en práctica la destrucción de las vías y las bombas de dinamita.

Por el lado oriental en la línea que une á Pretoria con el mar á través del territorio de Natal, es en donde el supremo interés de la lucha se ha concentrado.

Ella explica la feliz audacia del *ultimatum* del Transvaal; convencidos de que Mr. Chamberlain arrastraba á Inglaterra indefectiblemente á la guerra, y que todas las meditaciones y consideraciones y silencios no eran más que ardid diplomático para triplicar *los efectivos* ingleses en el Cabo, no quiso dejarse degollar como una oveja y ha saltado como un león al combate. Y al cabo de muchas peripecias, de que no conocemos sino lo que los telégrafos vigilados por las autoridades inglesas nos quieren dar á conocer, resulta que, conforme á las máximas de los grandes maestros en el arte de guerrear, que son iguales á las de los del arte de *pugilar*, «quien da primero da dos veces» y que, entrando casi bruscamente en la liza y concentrándose con su rapidez característica en puntos bien estudiados de antemano, los holandeses han reducido sus pérdidas y descalabros á accidentes y han obtenido el resultado total, de localizar, ya por bastante tiempo, la guerra, fuera de sus territorios y de hacer retroceder el ataque inglés que se dibujaba en Newcastle antes del *ultimatum*, hasta Ladysmith, es decir, hasta la mitad del camino entre las fronteras del Transvaal y del Estado libre, y Puerto Natal (Durban) y que este retroceso puede marcarse con una línea roja; harta sangre lo ha regado.

En diez y seis días se trasladó el generalísimo Rivers Buller de Inglaterra al Cabo, y apenas terminaba el *lunch* con que lo obsequiaba el gobernador y no cesaban los vitores de los entusiastas anglocabenses, cuando los despachos del General White anunciaban el desastre de Ladysmith. Claro, el General White, ha obtenido bastante gloria en Egipto, más no es lo mismo luchar con los pobres dervises haciendo *fantasías* con sus espingardas del tiempo de los mamelucos ante los rifles certeros de los tiradores ingleses y egipcios, que con estos burghers diestros en el manejo de las armas modernas.

Habrán victorias inglesas, no lo dudamos; habrá aglomeraciones formidables de artillería y de tropas de línea y auxiliares dentro de un mes en Durban; la flemática bravura de los soldados de la reina, no se derretirá ni con el calor del combate ni con el calor del verano austral que comenzará entonces, pero no habrá Omdurnas como en el Sudán.

Probablemente el General White tendrá que replegarse á Petermaritzburgo y si allí no encuentra refuerzos, á la costa y los boeros quedarán dueños del Natal, por lo pronto; el dinero que es el nervio de la guerra reconquistará el terreno perdido. No le hace, una reflexión se impone. ¿Con qué derecho se quiere

imponer la soberanía completa á un pueblo que sabe desplegar tamañas energías?

¿Con qué derecho, cuando ambas repúblicas estaban dispuestas á aceptar y aceptaban, y una más que otra, el Transvaal la tutela de Inglaterra en los asuntos exteriores y el Estado libre de Orange el protectorado británico, se les quiere privar de toda libertad? ¿Pues qué no son dignos de ella los héroes de Dundee y de Clencoe y de Ladysmith? La conquista pura sólo puede paliarse en nuestros tiempos con los intereses superiores de la civilización, ¿cuáles son aquí? No había aceptado el congreso de Pretoria, las propuestas de arreglo de Mr. A. Milner? No iban á igualarse casi uitlanders y boers en el gobierno de la casa? ¿Qué más, pues? Es el secreto de los señores Chamberlain y Rhodes.

La Gaceta de S. James, órgano de los conservadores puros, dice, con énfasis, que, á pesar de los reveses, no abriga la menor inquietud sobre el resultado final de la guerra. Bien está, pero cuando no se tiene más razón que la fuerza pura, no vale la pena de llenarse la boca con el nombre de nación cristiana y civilizadora, diga usted, «porque me llamo león» y basta.

¡El resultado final! El resultado final será el triunfo de Inglaterra, se oirán en las calles de Pretoria sonar aguda y melancólicamente las gaitas de los *pipers* de tres ó cuatro regimientos escoceses. Bien, ¿y después? Hace un poco más de doscientos años, Guillermo de Orange, después de la batalla del Boyne, que ganó el viejo hugonote Schoenberg, vió el resultado final de la guerra de conquista de Irlanda; y hace veintedías cuando se embarcaban Sir Redvers Buller y Sir Archibald Hunter y un nieto de la Reina para el Cabo, Irlanda celebraba como una gran fiesta patriótica la inauguración de los trabajos del monumento que va á erigirse en Dublin en honor de Charles Parnell el organizador de la resistencia nacional, y el pueblo entero de la capital de la isla, encabezado por el *lord-mayor* lanzaba formidables hurrahs de simpatía en honor de sus hermanos del Transvaal.

Todavía no se ve el resultado final de la batalla de Boyne; el siglo entrante verá el resultado final de la conquista de las repúblicas holandesas del Africa. Quizás en ese resultado no desempeñen papel ninguno las gaitas de los regimientos escoceses. El porvenir es de Dios, como dice el *Tío Pablo*.

Justo Sierra

¡POR LA HONRA DE MI PADRE. . . . MUERTO!

Si las cosas siguen como van, antes de mucho los maridos de las *clases populares* y no pocos pertenecientes á las capas inferiores de la clase media, acabarán, como los príncipes orientales, por hacer enterrar consigo á su ó sus mujeres, y de descuidar ellos esa precaución, no faltarán hijos que se ofrezcan voluntariamente á hacer respetar la última, si bien tácita, voluntad de sus amados padres.

En México todo el trabajo es que una mujer pertenezca legítima ó ilegítimamente á un hombre; llenado este requisito, y aun sin llenarlo, ya esa mujer no puede pertenecer á nadie, ni á sí misma. En vano el abandono del marido ó del amante, su ausencia del domicilio conyugal ó *amasial*, la falta de *gasto* y *asistencia*, su instalación *bajo otro cielo y otro dios*, devolverán á la esposa, ó á la amante sus derechos de mujer libre; para el olvidadizo y el fugitivo, para el vicioso y el desentendido, los deberes de ella subsisten intactos ó incólumes cuando ya los de él yacen olvidados en el fango de todas las abyecciones ó en el basurero de todas las ignominias y *un bello día* Otello se presenta, puñal ó garrote en mano, en casa de Desdémona, y ebrio de *tlachique* y de celos, traspirando indignación y aldeida por todos los poros, la reclama, le exige de nuevo la vida común y la común miseria, en caso de negativa arremete contra la infiel y la desleal y la hiere y la mata con el mayor desparpajo en nombre de la dignidad ultrajada, del honor mancillado, del derecho hollado y de los solemnes juramentos cambiados al pie del altar ó al borde del mostrador de la taberna.

Que los maridos propiamente tales crean conservar sus derechos á pesar de haber maltratado, desatendido, robado y abandonado á sus legítimas, nada tiene de escandaloso en el orden jurídico si bien subleva en el orden moral. Mientras la justicia no pronuncia un fallo de divorcio, la esposa sigue siendo esposa y el marido no deja de serlo por más que haya dado ocasión y justificación á todos los extravíos de la mujer.

Pero la cosa comienza á hacerse intolerable cuando él y ella no son marido y mujer, cuando su unión es ilegal y meramente ocasional, cuando, en tal virtud, ni él tiene derechos, ni ella deberes, cuando en



SR. DR. DON RAFAEL ZALDIVAR,
Ministro Plenipotenciario de la República del Salvador en México.

suma viven y se unen bajo las solas leyes de la más baja animalidad. En este caso tan libre es el uno como libre la otra de romper un lazo que la voluntad ató y que la voluntad puede desatar y si él clama y ejerce venganza, lo mismo que si ella la ejerce y la clama, el uno y el otro son criminales vulgares, no merecedores de esa compasión sentimental que tan fácilmente se les otorga.

Cuando el hombre compra y paga una mujer como en Oriente, tiene derecho á encostarla y arrojarla al Bósforo. Cuando ante la ley la toma por esposa tiene definidos sus derechos y puede reclamarlos y ejercerlos con la amplitud y en los términos previstos por la ley; pero cuando la posee tan sólo por la voluntad de ella, todo derecho cesa donde se extingue esa voluntad y es ésta tan respetable, en la especie, cuando da como cuando quita.

La mujer no es cosa, es persona; su voluntad es respetable y sagrada cuando no la ligan y encadenan la ley aceptada ó el contrato jurídico y legítimo; abolida la servidumbre y la esclavitud humana, los actos de la mujer siguen cayendo bajo la jurisdicción de la ley moral que los ensalza y vitupera, que los fulmina ó los exalta; pero ya no deriva de la jurisdicción despótica del hombre, ni de sus caprichos ni de sus extravagancias.

La mujer debe ser, en la unión libre, anatematizada por el moralista, severamente juzgada por el pensador, repudiada por la sociedad; sólo el cómplice de su delito no tiene sobre ella derechos, ni ella para con él deberes.

De ahí la superioridad y santidad del matrimonio, que impone deberes recíprocos, derechos venerables y que da los medios de hacerlos acatar y cumplir.

El tirabuzón que sirve de criterio á nuestras masas, pasionales é incultas y orientales de *media sangre*, marca otro norte y traza otro itinerario y la prensa diaria consigna sin cesar hechos dramáticos que sublevan y repugnan. Ya es un marido que se finge muerto para poner á prueba la fidelidad de su mujer y que se hace matar por el amante por venir en són de guerra á reclamar á su viuda; ya es un *amasio* que abandona durante años enteros á su querida para vivir con otra mujer y que tiene la veleidat de exigir á aquélla de nuevo la vida común; la querida resiste y él la mata; ya es un ex-novia —*horresco referens*— que rapta, como dicen los reporters, á su ex-novia el día de su boda y la hiere y maltrata en *ejercicio* de sus ya extinguidos derechos.

Estos colmos son cotidianos y escandalosos, y sin embargo hay todavía un reciente *colmo* de esos *colmos* y que la prensa ha narrado y comentado.

Trátase de una viuda; ésta tiene un hijo casado que vive con su esposa. La viuda tiene un desliz y le nace un niño. El hijo casado se presenta en la casa de la madre, que aun no entra en convalecencia y

guarda cama; desnuda un par de monstruosas tijeras y cae á puñalada limpia sobre su propia madre y sobre el recién nacido, gritando: «He de vengar la honra de mi padre muerto.»

Este hecho inaudito es una encrucijada en la que se dan cita todos los horrores y todos los disparates.

Este hijo desnaturalizado no ha leído Hamlet. Hubiera ahí visto á un hijo increpando á su madre por el delito de haberse casado con el asesino de su marido, colmándola de soeces injurias, agobiándola bajo tremendas recriminaciones y echando mano á la espada para vengar la honra y el asesinato de su padre, y hubiera visto cómo el padre ofendido y asesinado sale de su tumba, cómo su noble y venerada sombra se interpone entre la madre criminal y el hijo vengador y desarma su brazo y lo hace caer de hinojos ante ella.

Si no ha leído Hamlet, habrá leído al menos los «Veinte años después.» Ahí el hijo de una mujer perversa y criminal tiene una escena terrible con los asesinos de su madre, sobre quienes quiere ejercer justa venganza; ellos se defienden narrándole los incontables crímenes de Milady, y á cada uno de los cargos el hijo no da más contestación ni disculpa que ese grito del alma: ¡Era mi madre!

Así deben ser los hijos: para ellos la madre no es nunca criminal, ni viciosa, ni abyecta; para ellos debe aparecer siempre como una santa. Que la sociedad segregue, que la ley castigue á las madres viciosas ó criminales; el hijo sólo debe amarlas, bendecirlas, ampararlas, protegerlas.

El hijo no debe ser jamás el vengador del padre contra la madre; el padre se levantaría de su tumba para maldecirlo; ni hay deshonor del padre muerto por el extravío de la viuda; la honra del marido queda incólume, aun cuando su viuda llegue á encenegarse en la más abyecta prostitución.

A los hijos cuyas madres son viciosas ó criminales presentamos este noble ejemplo: Una señora de buena familia se entregó desenfrenadamente á la embriaguez. Un día al llegar su hijo se encontró á la madre ahogada, semidesnuda y tendida en la banquetta á cien pasos de la puerta de su casa. Los vecinos, amigos y conocidos de la familia, instigados por malsana curiosidad, presenciaban el hecho desde sus balcones y ventanas.

Llega el hijo, reconoce á su madre ebria; vuelve la vista azorada á todas partes y sólo ve cabezas curiosas y gestos de burla ó repugnancia; sin vacilar se inclina, toma en brazos á la madre y cubriéndola de besos y de lágrimas la lleva á su casa y recorre aquel camino del Calvario entre las lágrimas de las mujeres conmovidas y el aplauso de las madres entusiasmadas.

Quisiera grabar en letras indelebles el nombre de ese hijo sublime. No lo puedo; honrar al hijo dando su nombre sería denunciar y deshonor á la madre. Ese gran corazón dejó á poco de latir; el hijo sublime murió ya y tal me parece que si lo nombrara su sombra, como la del padre de Hamlet, dejaría el sepulcro y vendría á pedirme estrecha cuenta de la honra de su madre.

Esa nobleza y ese heroísmo pasarán inadvertidos; pero acaso ese ejemplo sea benéfico á los hijos desnaturalizados.

DR. MANUEL FLORES.

EL MINISTRO DEL SALVADOR.

El Sr. Dr. D. Rafael Zaldivar, Ministro Plenipotenciario del Salvador, nació en el pueblo de San Alejo departamento de San Miguel el año de 1834. Comenzó sus estudios en San Salvador y los continuó luego en Guatemala, recibiendo el título de Doctor en Medicina el año de 1860.

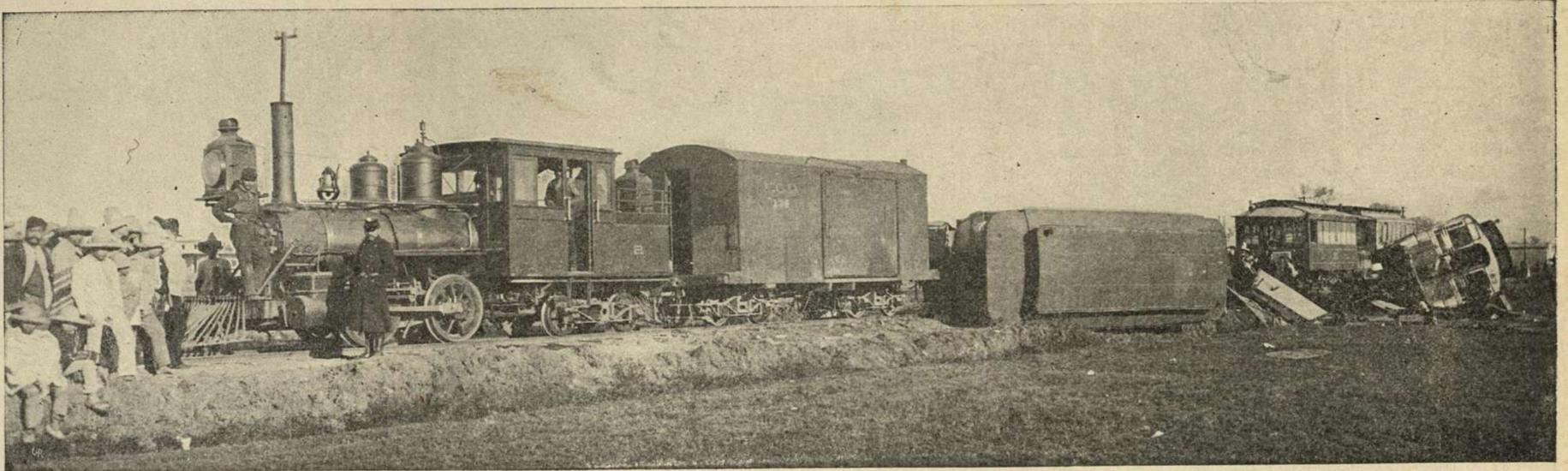
En Guatemala desempeñó puestos importantes y honoríficos.

En 1865 regresó á su patria y allí siguió distinguiéndose en la vida pública como profesor y como Presidente del Congreso. Pasó luego á Alemania como Ministro Plenipotenciario, y en 1870 volvió al Salvador para ocupar el puesto de Secretario del Despacho en los ramos de Guerra y Hacienda. Derrocado el gobierno, se refugió el Sr. Zaldivar en Costa Rica, y en ese país como en todas partes desempeñó cargos importantes.

Ocupaba el puesto de Ministro Plenipotenciario de Costa Rica en Guatemala, cuando estalló la guerra entre esta República y el Salvador. El Sr. Zaldivar intervino como mediador, y á él se debió el arreglo de las dificultades y la conclusión de la guerra, por lo que se le nombró Presidente interino del Salvador, y al hacerse las elecciones, Presidente Constitucional, siendo reelegido por dos períodos.

En 1885 salió del país y se dirigió á Europa en donde permaneció hasta hace poco que fué llamado para encargarlo de la representación que hoy tiene en México.

EL DESCARRILAMIENTO DEL FERROCARRIL DEL VALLE.



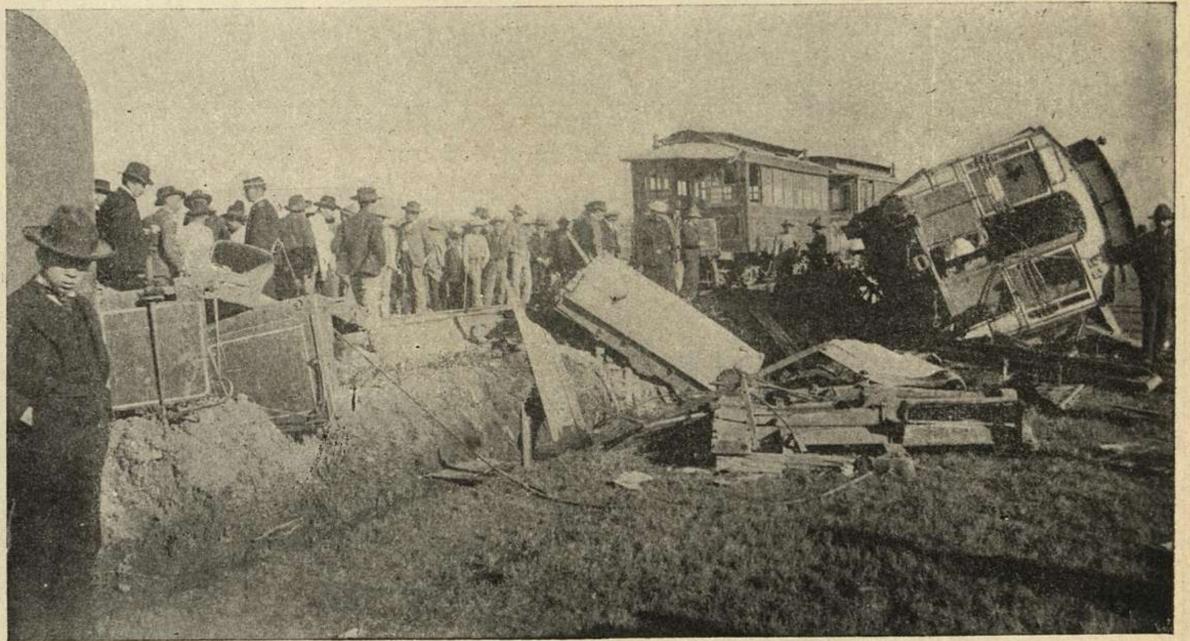
El tren descarrilado visto por el frente

LA NOTA DEL DIA.

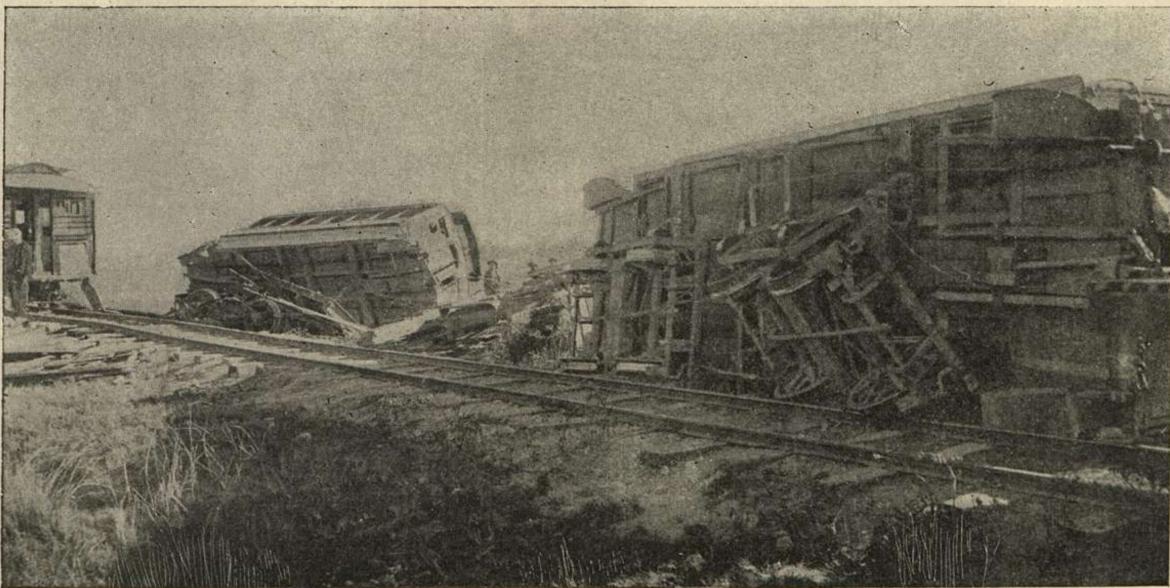
El domingo 29 de Octubre, á las 3.30 de la tarde, el tren del Ferrocarril del Valle que salió de la Estación de la Ciudadela para Tizapán á las 3.15 descarriló en terrenos de la Colonia Hidalgo. Se volcaron tres carros, uno de los cuales quedó pulverizado, y de los trescientos pasajeros más de treinta y ocho fueron heridos y murieron en el acto ó han muerto posteriormente tres.

El hecho ha causado honda sensación en el público por tratarse de una línea suburbana en las que la seguridad debe ser y es de hecho en el mundo entero, mayor, mucho mayor, infinitamente mayor que en las grandes líneas que cruzan cañadas, salvan abismos, siguen la margen deleznable de grandes cauces torrenciales y se aventuran á través de ríos candalosos; mas no sólo por esto se indigna la sociedad, sino porque la incuria de la empresa esa ya tan escandalosa, las pésimas condiciones del material amenazaban las vidas de los pasajeros en términos que la catástrofe estaba prevista, anunciada casi por EL IMPARCIAL, periódico que ese mismo día, pocas horas antes del descarrilamiento, advirtió á la sociedad del peligro inminente en que estaban los que por la línea del Valle se aventuraban.

La naturaleza de los descuidos en que ha incurrido la empresa, no le permitió reparar en un día las ma-



Los coches volcados vistos por delante.



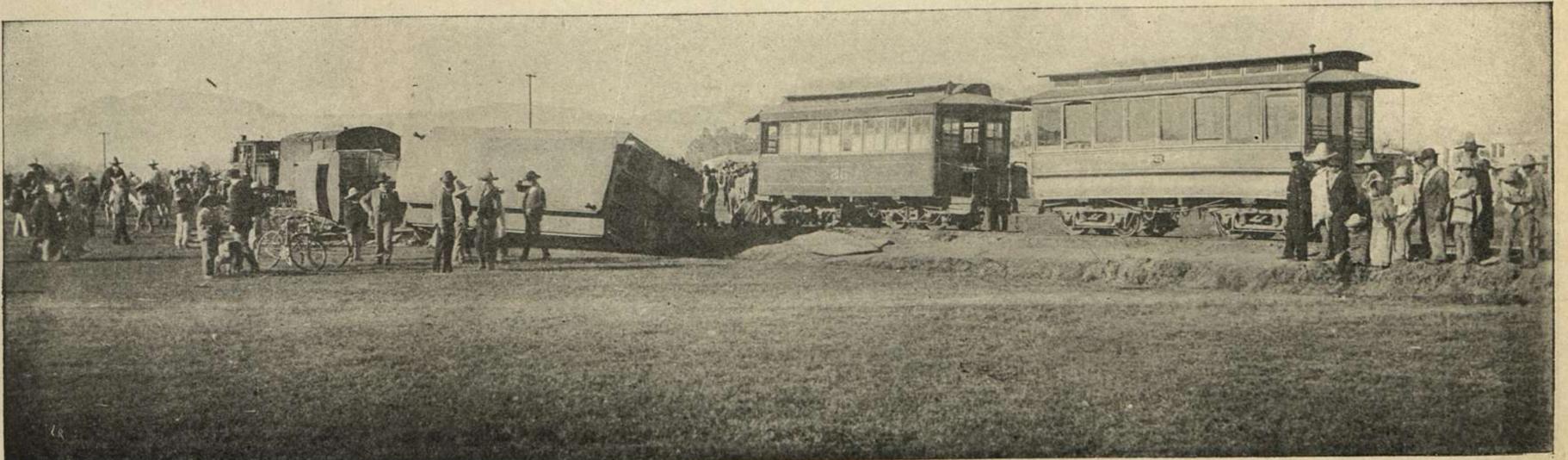
Los coches volcados vista por detrás.

las condiciones del tráfico, pues no siendo las causas del desastre imputables sólo á ineptitud de los empleados sino al deterioro del material rodante, el peligro quedaba en pie y hubo de suspenderse el movimiento de la línea por el gobierno.

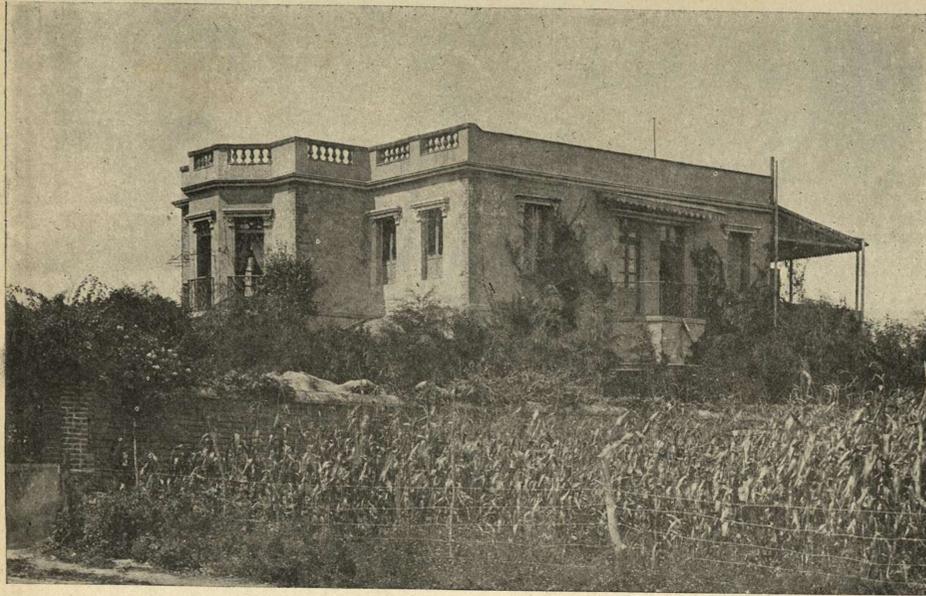
Este precedente garantiza para el porvenir en todo el país una notable mejora en el servicio de las líneas ferrocarrileras, pues la energía con que en el caso se ha procedido servirá de útil advertencia á las demás empresas que no pueden contar con la complacencia del poder público para disimular sus desmanes. □

No todos los males son males en lo absoluto, á veces traen aparejadas ciertas ventajas de las que se aprovecha la sociedad, y en este caso, la prensa respetable ha conseguido que penetre en la conciencia popular, la noción del valor de la vida humana. Todas las víctimas y los herederos de los que han fallecido, se preparan á exigir responsabilidades, cosa que hasta ayer nadie hacía en casos tales por una ignorancia que los periódicos han logrado ilustrar y por un abandono que va cambiándose en actitud enérgica. □

Las fotografías que figuran en esta plana dicen más que todos los artículos de información porque dan un testimonio irrefutable del hecho, toda vez que la fotografía nada inventa ni exagera la realidad.



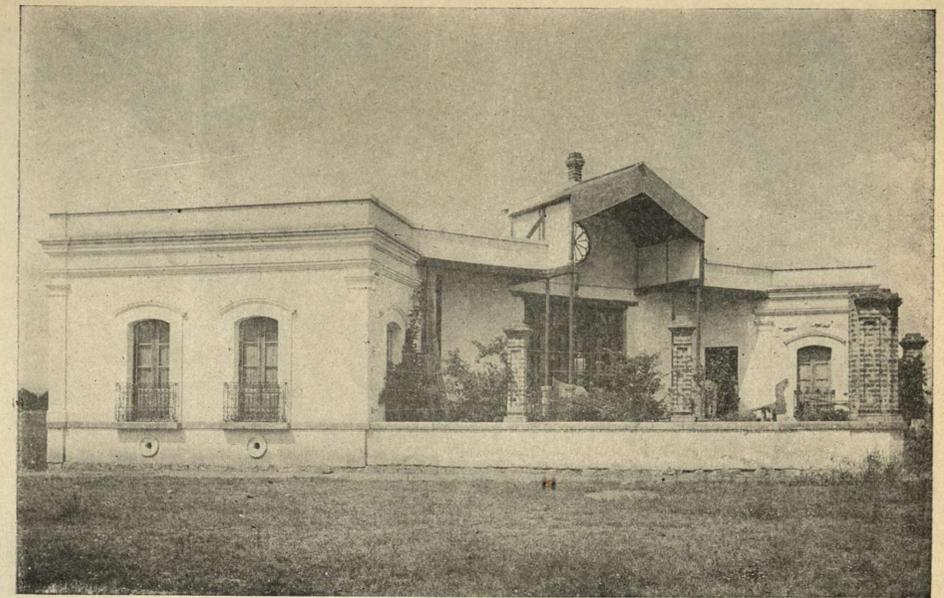
El tren descarrilado visto por la parte posterior



Casa del Sr. Arámuro.



Iglesia de la Concepción.



Casa del Sr. A. Devars.



Casa del Sr. Victor Miguel Garcés.



Casa del Sr. Bousquets.



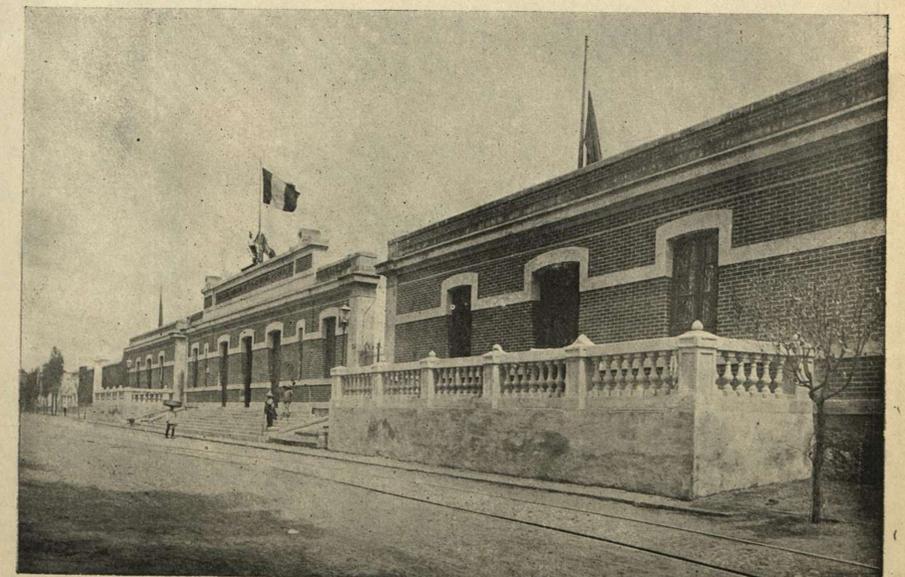
Quinta "Anita".



Casa del Sr. D. de Chapeaurouge.



Quinta de «Las Torres»

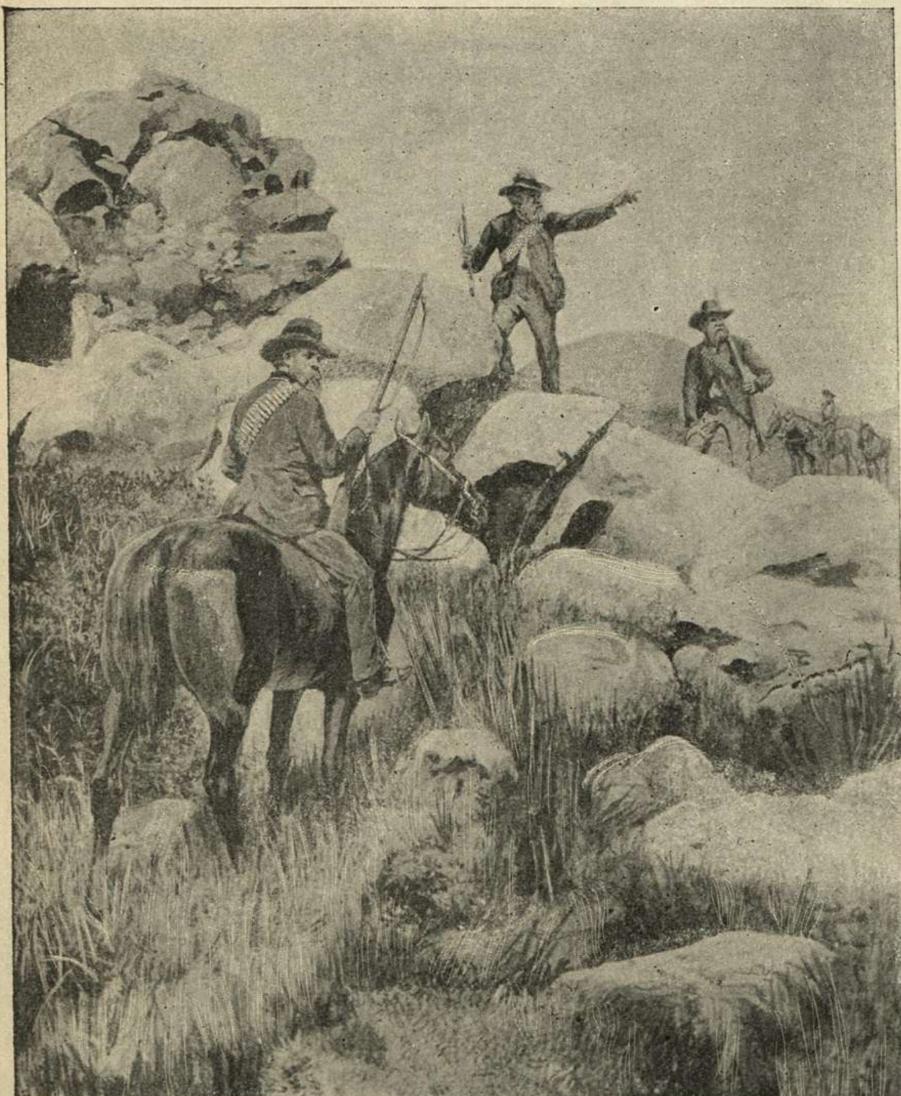


La Exposición de Ganadería.

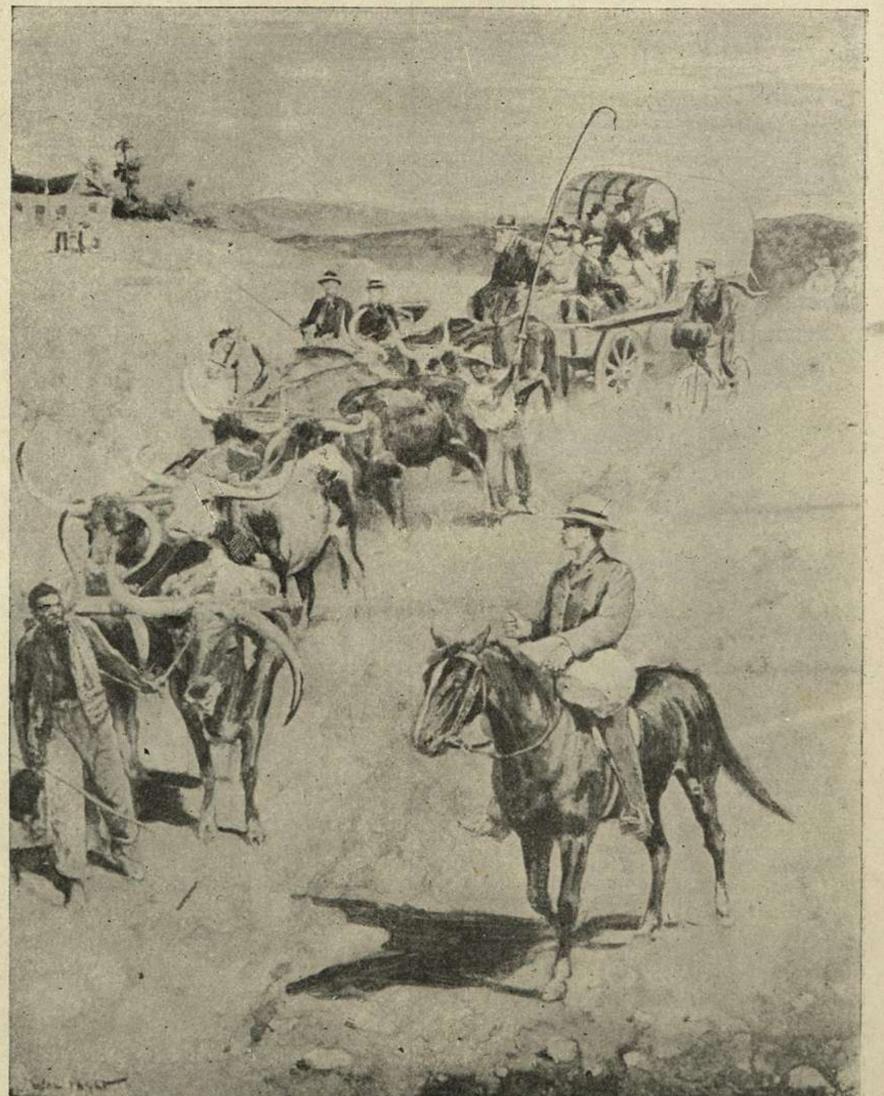


EL FAVORITO.

LA GUERRA DE SUD-AFRICA



Exploradores boeros.



Familias inglesas que emigran del Transvaal.

EL TRANSVAAL EN LA EXPOSICION DE PARIS

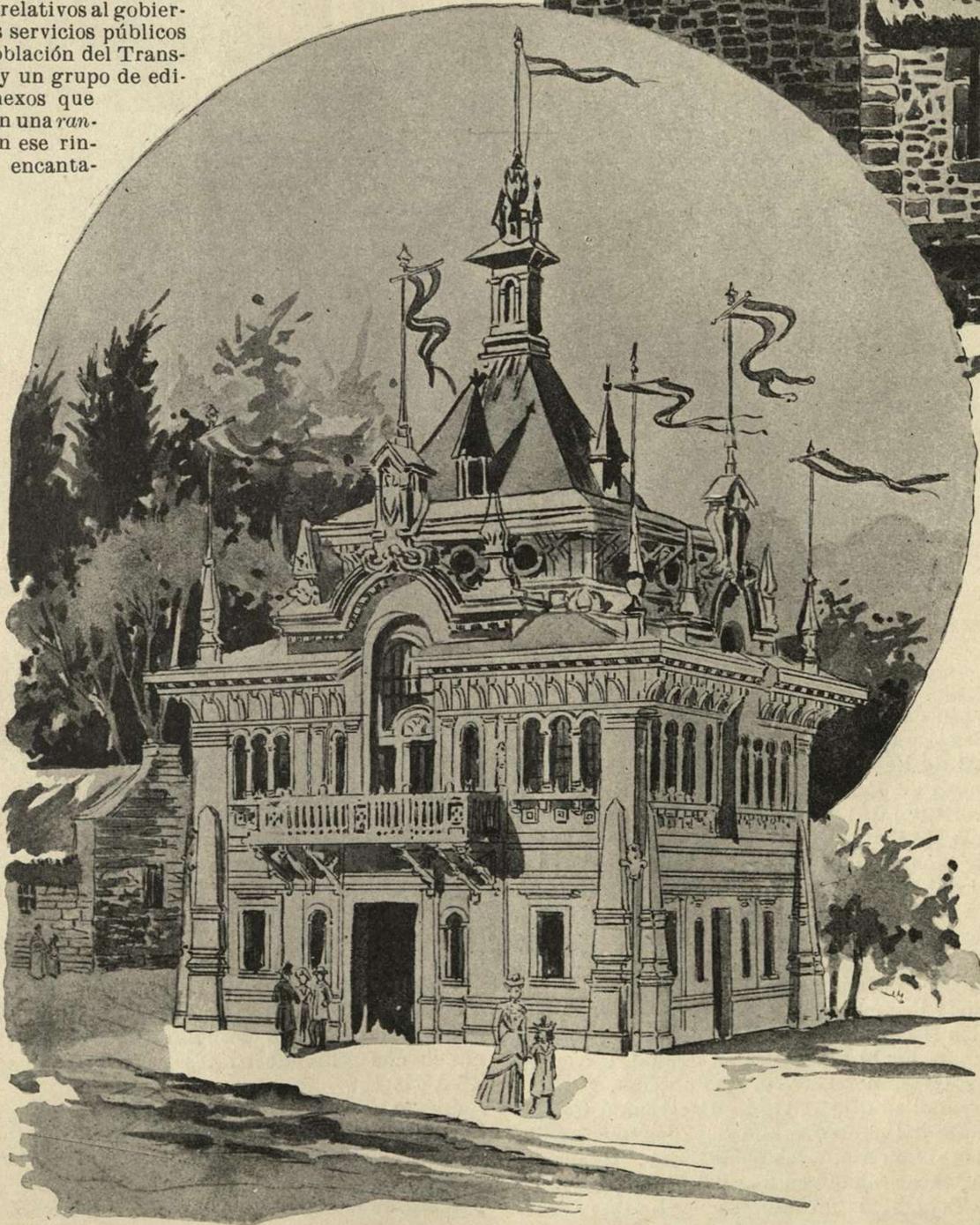
En la parte izquierda de los jardines del Trocadero, como se va al Campo de Marte, hay un edificio elegante cuya blancura se destaca sobre un fondo sombrío de follajes.

En la cúspide de la torrecilla flota una larga oriflama cuyos colores traen á la memoria los del pabellón holandés.

Ese palacete es el del Transvaal, nación que entre todas las que tendrán representación en el gran certámen de 1900, se distingue por la exactitud con que acudió al llamamiento de Francia.

El avance de los trabajos de su sección bastaría por sí sólo para que el Transvaal llamase la atención de los curiosos que visitan el Trocadero; pero el interés sube de punto por tratarse de un pueblo que es actualmente objeto de las simpatías y de la admiración del mundo entero, pues aun en Inglaterra no faltan personas caracterizadas que por amor á la justicia tributan á los bravos pastores de Sud-Africa sinceros homenajes de respeto.

Los franceses quieren ver en la cooperación de los transvaleses á la gran feria, un signo del excelente espíritu que anima al gobierno del tío Pablo para con la nación francesa. Además del pabellón principal que reproducimos en esta página, y en el que serán expuestos los documentos oficiales relativos al gobierno, á los servicios públicos y á la población del Transvaal, hay un grupo de edificios anexos que formarán una *ranchería* en ese rinconcillo encanta-



real inglesa y que son de la misma sangre de Guillermo de Orange cuyo nombre, adoptado oficialmente por la República vecina del Transvaal, debía ser un escudo para la libre existencia de los holandeses de Africa.

LA BOHEMIA DE LEONCAVALLO.

Los franceses no les perdonan á los italianos que sean ellos y no algún compatriota quien haya llevado á la escena lírica los personajes y los episodios del libro de Mürger. He aquí lo que dice una revista de París acerca de las sendas creaciones de Puccini y Leoncavallo:

¿No os parece que ya estamos hasta la coronilla de *Bohemia*? Después de la de Puccini en la Opera Cómica, la de Leoncavallo en el Teatro del Renacimiento; las dos con sus cualidades respectivas (y respetables) nos dejan la pena de que esta obra francesa, casi esencialmente parisiense, no haya sido puesta en música por un compositor francés, pues sólo un francés podría apreciar la delicadeza, el ingenio y sobre todo la sentimentalidad á *flor de piel* que exigían las situaciones ingenuas ó tiernas del libro de Mürger.

El público parisiense festejó la obra de Puccini y acaba de acoger triunfalmente esta segunda edición, revisada y aumentada considerablemente por Leoncavallo.

Algunos prefieren la partitura de Puccini, de esencia musical más delicada, tal vez de sentimiento melódico más patético, aunque en ocasiones lacrimosa, y de estilo castigado, menos libre; nosotros por nuestra parte le damos la preferencia á la de Leoncavallo; hay en ella más movimiento teatral, más variedad escénica y cualidades melódicas excepcionales (aunque no siempre originales); la orquestación, si bien algo brutal, es más sólida.

La pieza de Leoncavallo está manejada con mayor habilidad, sobre todo, en los episodios cómicos. El segundo acto, es de un efecto irresistible de alegría comunicativa.

dor del Trocadero, donde corren los arroyuelos que alimentan el *aquarium* dirigido por M. Touseet de Belleyme.

Los edificios anexos á que nos referimos formarán una granja boera, con pabellones en los que se explicará de un modo atractivo y práctico todo lo relativo á la industria aurífera del sur africano. Puede afirmarse que allí quedará reasumida la historia política y económica del Transvaal.

La granja, con su interior rústico y sus dependencias pobladas de animales domésticos, nos contará la vida pastoral de los conciudadanos del viejo Krüger. Evocará las costumbres bíblicas de ese pueblo migratorio que con sus largas columnas de carros y de bueyes huye del Cabo y de la dominación inglesa, hasta que provocado en sus quietas soledades por el codicioso britano, apresta el ágil potro, el certero fusil y las frugales provisiones, y se lanza á una guerra en la que el fuerte sufre los primeros reveses.

Los dos pabellones en que se exhibirá todo lo rela-

tivo á la industria aurífera, nos presentan otro aspecto del Transvaal. Sin el descubrimiento de las minas de oro, los bóeros de Krüger serían un pueblo de pastores y nadie les disputaría el país que habitan y que conquistaron contra los negros de Cafrería; pero los yacimientos auríferos atrajeron inmigrantes del mundo entero, capitales que se valúan en centenares de millones y determinaron un cambio profundo en las condiciones de la vida social, económica y política de los primeros ocupantes.

Los intereses comprometidos en aquella región del continente africano son tan cuantiosos y de tal modo se relacionan con los del mundo civilizado, que no hay potencia indiferente al término final de los acontecimientos.

Ojalá que en 1900 la curiosidad de los concurrentes á la Exposición no sea solicitada por el Transvaal en razón de sus luchas con Inglaterra, y ojalá que ésta, ya que lo olvidó, recuerde pronto que los bóeros son holandeses, compatriotas de una dinastía



ATZIMBA ⁽¹⁾

Tenía Tzimtzicha una hermana menor llamada *Atzimba*, joven de veinte años y de hermosura singular. Última hija de Siguangua, había sido el encanto y las delicias del anciano: los nobles la amaban por su belleza, las mujeres la distinguían por la modestia y dulzura de su carácter. El mismo Tzimtzicha, egoísta é indolente, había concentrado en ella el único afecto tierno, puro y sincero de su pecho.

Impresionable como toda mujer delicada, los acontecimientos de la conquista la afectaban profundamente, sin darse cuenta del origen de aquella impresión. ¿Era el amor de la patria, amor inconsciente y vago, que despertaba en su alma? ¿Era el temor á lo desconocido?

Fuese cualquiera la causa del extraño malestar, *Atzimba* cayó en una profunda melancolía y sus deudos llegaron á temer por su vida.

Tzimtzicha convocó á los más hábiles *xhuríquecha* del reino, y su opinión unánime fué que la joven estaba enhechizada y que sería conveniente enviarla á las fuentes termales de Zinápecuaro, consagradas á la diosa *Cuerápperi*, para limpiar su cuerpo de la tristeza; y para purificar su alma, la doncella debía ser consagrada al culto, como la esposa imaterial del sol.

El consejo fué aceptado. *Atzimba*, con una brillante comitiva, se dirigió á los floridos campos de Queréndaro, y luego á las pintorescas campiñas de Vocámeo y de Táimeo.

«Junto á este pueblo hay unas peñas, las que tienen dos bocas, y de ellas salen dos brazos de agua, el uno muy cálido y el otro frigidísimo, pero uniéndose los dos á corta distancia, la frialdad del uno templó lo ardiente del otro, y entonces aprovechan á la salud sus baños.»

En estas deliciosas termas que en aquellos tiempos estaban rodeadas de jardines y de bosques de flores aromáticas, la princesa permaneció algunos días. Después fué conducida á Zinápecuaro, y en medio de faustosas ceremonias, tomó el velo de la *Hucháar-Nande*, la jefe ó cabeza principal de las *guanánchecha*.

En aquel triste y solitario albergue iba á consumir *Atzimba* los años de su vida.

Allí se la veía recorrer los verdes bosquecillos que existían entre la casa de las vírgenes del sol y el palacio, entonces desierto, de los reyes de Michoacán. Ignorante de lo que pasaba fuera de aquel sagrado recinto, pero llena de curiosidad por saberlo, cada día más bañaba su semblante el tinte pálido de una letal melancolía. A veces caía en un profundo abatimiento, á veces experimentaba contracciones musculares ó falta de sensibilidad. Los síntomas de una enfermedad desconocida traían cada día más alarmados á cuantos la rodeaban.

* * *

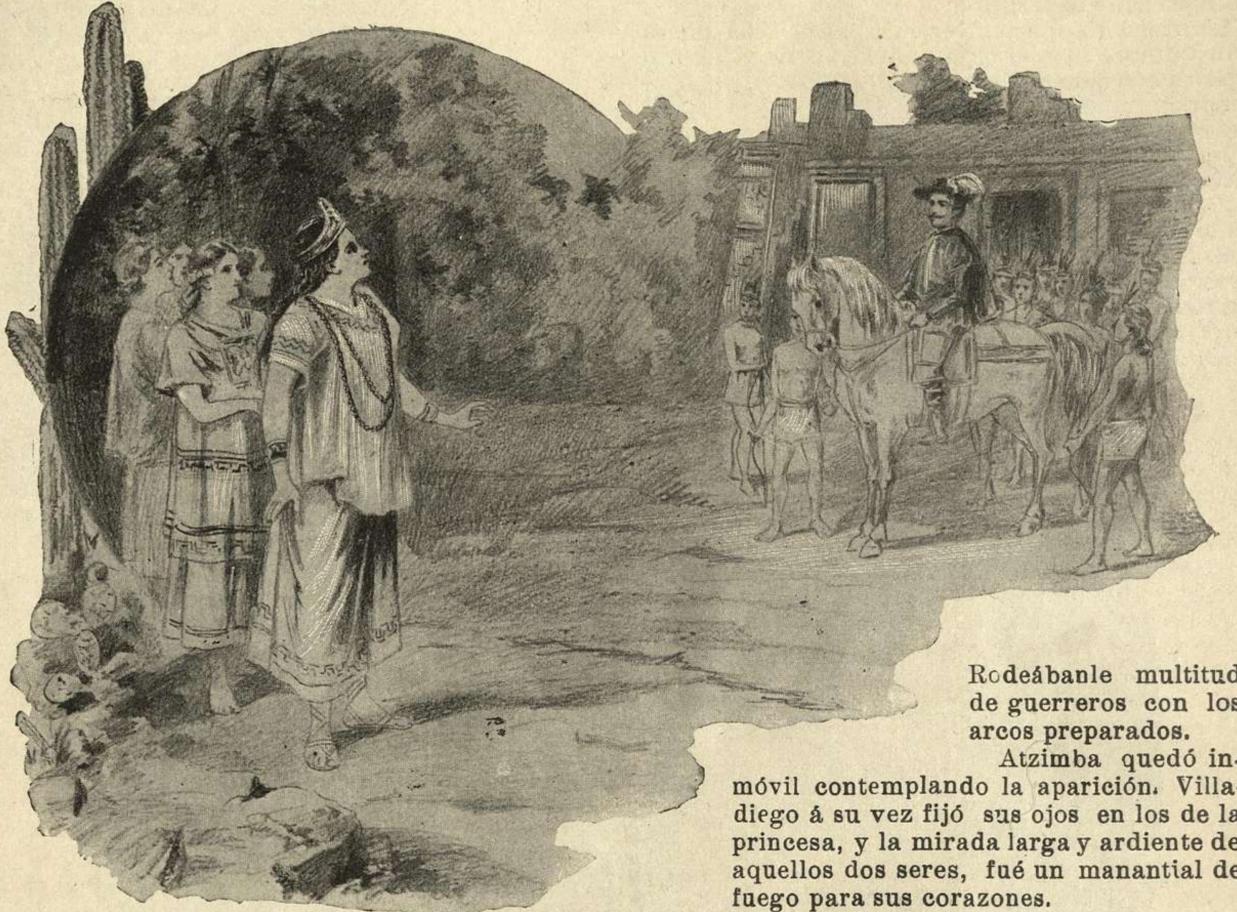
Mientras que la princesa era víctima de tan extraña y peligrosa situación, ¿qué pasaba en el teatro de la vida pública? ¿Los españoles se habían contentado con su conquista de México y limitaban ya el furor de sus armas? Si así no era, ¿qué pensaba Tzimtzicha, el indolente, el sibarita rey de los tarascos? Los guerreros *purépecha*, vagaban tristes y avergonzados por los campos de la patria, sin arco y sin carcax.

Hernán Cortés, en su palacio de Coyohuacán, se consagraba á la reedificación de México, á la reorganización del gobierno y al cuidado y fomento de las arcas reales, sin dejar por eso de tomar informes de los reinos lejanos, de la riqueza de sus tierras y de sus elementos de población.

«Comenzaban á ser ya en estos días más precisas y halagüeñas las noticias sobre el gran reino de Michoacán. Cortés, teniendo conocimiento de ese reino por las conversaciones de los mexicanos, envió á un soldado apellidado Villadiego, que conocía y hablaba el idioma de los mexicanos, con objeto de que fuese á explorar las tierras de Michoacán, dándole por compañía algunos naturales amigos y proveyéndole de objetos de los que acostumbraban regalar los españoles,

y eran de tanto aprecio en el país, como presentes ó como rescates de oro; pero Villadiego partió y no volvió nunca á saberse de él ni de los que lo acompañaban.»

Todos los historiadores de la conquista nos dicen lo mismo que acabamos de copiar. Extraño en gran manera es, que jamás se haya tenido noticia alguna de Villadiego ni de los naturales de México que lo acompañaron en su expedición; pero nosotros, refiriéndonos á una vaga tradición, vamos á procurar saber el paradero de aquel soldado. Antes diremos que la *Relación* que nos



Rodeábanle multitud de guerreros con los arcos preparados.

Atzimba quedó inmóvil contemplando la aparición. Villadiego á su vez fijó sus ojos en los de la princesa, y la mirada larga y ardiente de aquellos dos seres, fué un manantial de fuego para sus corazones.

Los soldados se apresuraron á introducir al español al patio del palacio, y lo encerraron en un calabozo.

La princesa, de pie y extendido el brazo hacia el Oriente, en cuya dirección estaba la puerta del alcázar, quedó herida de una inmovilidad completa, como petrificada y conservando la actitud que tenía al desaparecer el mancebo.

Las *guanánchecha* que la servían no se atrevieron á interrumpir el éxtasis de *Atzimba*; la contemplaron largo rato, mas al fin cayó en tierra la joven, y una de aquéllas, llena de terror, exclamó:

—¡Nuestra madre está muerta!

Aquel grito fué oído en el palacio de las vírgenes del sol, y pocos momentos después las *guanánchecha* y los sacerdotes rodeaban el cadáver de *Atzimba*.

Los criados salieron en todas direcciones á dar la fatal noticia, y los nobles y gran parte del pueblo acudieron á prestar sus auxilios.

El cadáver fué conducido al gran salón en el palacio de las vírgenes del sol. Lo lavaron con agua impregnada de plantas aromáticas, le pusieron ricas vestiduras, y colocándolo en finísima estera, lo rodearon y lo cubrieron de rosas. Y ¡cosa extraña! aquel cuerpo conservaba las posturas que las *guanánchecha* le imprimían para las operaciones indicadas. Por fin, *Atzimba* quedó suavemente reclina en su lecho de flores, cruzados los brazos y los ojos medio cerrados.

El sol hundía su frente en el Ocaso, en esa hora de indecible misterio que los tarascos llaman *inchátiro*, cuando las vírgenes del sol condujeron en hombros el cadáver de aquella que llamaban su madre.

Tristísimos eran los cantares fúnebres que entonaban las doncellas. La concurrencia prorrumpía en tiernos sollozos y en el templo tañían los sordos caracoles.

Había entre los floridos setos del parque real una yácata nueva, cubierta en la parte exterior de verde césped y de flores, y la gruta del inte-

ha servido de guía en gran parte de este relato, menciona á un español que llegó á Taximaloyan el día 23 de Febrero (suponemos que de 1522), en la fiesta de *Purecoragua*. Venía en un caballo blanco, estuvo dos días en aquella población y tornóse á México.

Nadie más que Villadiego puede haber sido ese español del caballo blanco; pero mientras que el cronista tarasco nos dice que aquél tornó á México, los historiadores de Cortés afirman que no volvió á tenerse noticia de su paradero. (2)

En efecto, Villadiego y su comitiva de nobles mexicanos llegaron á Taximaloyan durante las animadas fiestas en que los tarascos renovaban anualmente los utensilios de su cocina, estrenando molcajetes, metates y demás objetos.

El español se dijo enviado de Hernán Cortés. El cacique del pueblo vaciló dos días, meditando si dejaría ó no pasar á los mensajeros. Recientes estaban los acontecimientos de Tenochtitlán, y aunque Tzimtzicha no se preocupaba de la suerte del imperio que le estaba encomendado, los generales de su ejército ardían en deseos de medir sus armas con las de los españoles. Por fin, el señor de la frontera michoacana tomó la resolución de aprehender en la noche á los extranjeros y enviarlos secretamente á su rey. Si éste los recibía como embajadores, se habría cumplido el objeto de la embajada; pero si el rey quería sacrificarlos, iban ya prisioneros, conducidos con toda reserva, á fin de que, juzgándolos extraviados en los caminos, el general español no tuviera pretexto para intentar nada contra Michoacán. Al pueblo se le hizo entender que los mensajeros habían regresado á México.

Los presos caminaron de noche; eran vigilados con mucho cuidado y llegaron á Zinápecuaro al amanecer. Sus guardianes tenían la orden de en-

[1] Del libro Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas del Lic. Eduardo Ruiz, publicada en 1891.

[2] De aquí trae origen el refrán de "Tomó las de Villadiego," aplicado á alguna persona que desaparece sin razón ni motivo alguno.

rior estaba sembrada de plantas de sombra, de obscuro y húmedo follaje.

Allí depositaron el cadáver, encendieron en torno de él multitud de braseros con incienso, y, colocando á un lado búcaros llenos de agua y cestos con variados alimentos, la que fué en vida joven hermosa de expresivo semblante, inanimada y lívida se quedó sola en el fondo de la yácata.

Pasaron dos días: la noche había caído pesada y oscura: los ruidos fueron extinguiéndose, la población entera estaba sumergida en profundo sueño. Villadiego comprendía lo delicado de su situación; era seguro que al llegar á Tzintzúntzan sería sacrificado: había notado el odio con que los tarascos trataban á los mexicanos, y ningún motivo tenía para creer que los españoles no fue-



rada está allí inmóvil, lívido el semblante! Y sin embargo, Villadiego no se había equivocado: un suspiro prolongado ha partido de aquel sitio: ningún ser viviente se descubre en el antro.

Se acerca al cadáver cubierto de frescas flores renovadas no ha muchas horas. Los ojos de la doncella están ligeramente entreabiertos: su cuerpo no está rígido. Le toma una mano y va á llevarla á sus labios para imprimir un beso... ¡aquella mano oprime la suya!

Villadiego quiere huir, pero el contacto se hace más pronunciado, como si la doncella le suplicase que no la dejara sola.

Villadiego vacila entre el temor y la esperanza. Mira el rostro de la joven. Son tan correctas sus facciones, tan suave su tez aterciopelada, que el guerrero no puede contenerse y estampa un beso ardiente, prolongado y opressor en aquellos labios de dulce morbidez! Atzimba abre los ojos, contempla estática la faz del guerrero, exhala un nuevo suspiro, y, respirando amor, devuelve con usura aquel sonoro beso que le infundió el calor de la vida.

Iba á amanecer: Atzimba, empleando el idioma nahuatl que había aprendido en su infancia, dijo á Villadiego, señalándole la yácata:

—Hasta la noche, amor mío. Aquí te esperará tu Atzimba.

¿Qué pasa en el palacio? ¿Por qué corre la gente en todas direcciones? ¿Por qué se agitan espantados los sacerdotes del templo?

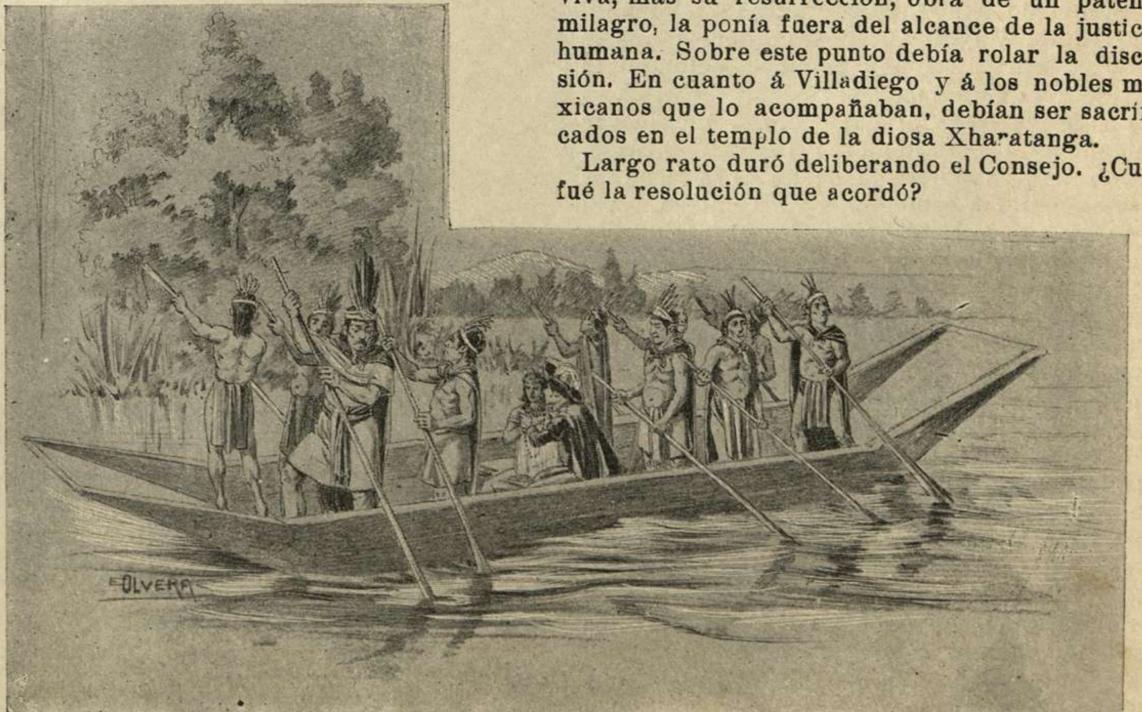
Las guanánchecha entonan cantos de alegría y conducen en sus hombros, en andas cubiertas de flores á la hermosa Atzimba que respira salud y felicidad.

Los habitantes se refieren unos á otros el prodigio de la resurrección de la princesa. El cacique del pueblo nombra mensajeros que vayan á Tzintzúntzan á contar al rey aquel sorprendente milagro, y en el momento de partir, Atzimba los llama á su presencia y les ordena que de su parte digan á Tzintzicha que venga á Tzinápecuaro, porque tiene que hacerle importantes revelaciones que le interesan personalmente, lo mismo que á su pueblo.

Cuatro días tarda el rey en venir. Cuatro noches de amores y deleites tejen la dulce pero frágil tela de la felicidad de los amantes. Al fulgor de la luna se les ve cruzar los bosquecillos impregnados de aromas, perderse en lo más obscuro de las sombras y reaparecer cuando el alba sonríe esperando la salida del sol.

¡Qué fugitivas pasan las horas de amor y de delicias! Si se pudiese detener al tiempo!

Tzintzicha llega. El gran sacerdote de Cuéraperi ha ido á encontrarlo en el camino y le ha hablado en secreto.



sen igualmente aborrecidos. Dos días había estado meditando el medio de evadirse y de regresar á México. No podía comprar á sus guardianes, porque en Taximaloyan lo habían despojado de todos los cascabeles y espejos que traía para proporcionarse recursos. Podía romper la estacada que amurallaba el recinto y huir en su caballo, pero ¿á dónde? Ignoraba el camino, puesto que lo había recorrido de noche, y además, le parecía larga la distancia que lo separaba de México. Hubiera deseado consultar con los nobles mexicanos que lo acompañaban; pero todos estaban incomunicados y no sabía el lugar en que se hallaban. Había otro inconveniente insuperable, el idioma tarasco le era del todo desconocido y no podía entenderse con nadie.

El valor de Villadiego no desmayó sin embargo. No podía fraguar ningún plan, pero ¿no pudiera presentárselo la casualidad? Así es que juzgó conveniente salir á todo trance de la prisión á inspeccionar el terreno.

Por otra parte, no había separado de su memoria un sólo instante á la hermosa joven que había visto al entrar al palacio. ¡Si pudiera encontrarla! ¡Si ella correspondiese á su amor! ¿Qué le importaban entonces el martirio y la muerte? Lejos de la patria, ausente de la mujer que le había dado el ser, habría quien derramase una lágrima al verlo morir, quien recogiese su cadáver y le diese sepultura.

Apartando de su alma estos pensamientos, trató sólo de buscar una salida. En las puertas de la prisión había centinelas, pero observó con alegría que en uno de los extremos del aposento se abrían anchas cuarteaduras en la pared, tal vez á consecuencia de los últimos terremotos. Pudo fácilmente introducir la mano por una de ellas, desprendió sin hacer ruido una piedra grande y le fué fácil pasar por la abertura.

Una vez en el bosque, su primer pensamiento fué, no buscar una salida, sino dirigirse al alto edificio que veía enfrente. Se imaginaba que dentro de él estaría la joven de triste mirada y flexible talle que embargaba su corazón. Se acercó á las paredes, halló una puerta y penetró por ella. ¡Reinaba un profundo silencio en los corredores desiertos! Perdida esta esperanza, volvió á salir al campo y se dirigió resueltamente á la muralla. Al pasar por la yácata que él creyó una pequeña colina, sus oídos escucharon un débil gemido, saliendo del fondo del montículo. Dió vuelta al rededor, descubrió la entrada de la gruta y penetró en ella.

¡Qué ven sus ojos! La joven de la dulce mi-

¿Qué adusto está el semblante del rey! Cuando Atzimba se presenta á saludarlo, los ojos de Tzintzicha despiden rayos de cólera. Se domina sin embargo, y á la vista de la numerosa concurrencia, sonríe á su hermana y oye atento de sus labios las siguientes palabras:

—«Mi rey y señor: Cuando después de muerta era transportada á los cielos, una voz desconocida de un ser invisible me ordenó que regresase á la tierra para exhortarte á que no hagas oposición á los hombres blancos que vienen á conquistar estos reinos. Su ley es la verdadera y la que habrá de prevalecer: que en prueba de ello un mancebo hermoso, con una luz en la mano, ha venido por la parte del Oriente, llegando á estas regiones á la hora de la salida del sol. Escúchalo, porque es el mesajero de la nueva ley.»

Atzimba no era una mujer cínica que quisiera sorprender al rey y cubrir su falta con un rasgo de audacia. Creía, como todos, haber estado muerta, y que por obra de un milagro había vuelto á la vida. El encuentro con Villadiego en la gruta, durante el período cataleptico que había suspendido su vitalidad, la hizo creer en el prodigio. Su muerte la había desligado de sus juramentos como esposa del sol. Una nueva vida, una nueva religión la hacían libre y podía entregar su pecho al hombre á quien amaba. Esto le había dicho la misma voz misteriosa que le había ordenado hablar con el rey.

Tales fueron, en efecto, las palabras de Villadiego, cuando penetró á la gruta, en momentos en que la princesa, antes de abrir los ojos, comenzaba á dar señales de vida (fascado aún su entendimiento. ¿Qué extraño es que aquella voz le hubiera parecido la de un numen celestial?)

Y cuando después del prolongado beso recobró su entendimiento, ningún obstáculo puso á dejarse bautizar con el agua que Villadiego tomó de un búcaro de plata. Atzimba creyó que esta era la ceremonia nupcial entre los cristianos, y desde aquel momento se tuvo por esposa del hermoso mancebo.

Tzintzicha oyó la relación de su hermana. Era víctima de emociones que no podía ocultar, y más de una lágrima de rabia brotó de sus pupilas. El pueblo pensó que su rey lloraba la pérdida de su imperio y que palidecía de miedo.

Concluida la audiencia, el rey entró en Consejo con sus ministros, que eran entonces su hermano Tzintzuni, conocido por los mexicanos con el nombre de Huitzitzil; el príncipe Ecuángari, capitán general de los ejércitos; el anciano Huémaxh, gran sacerdote de Tzintzúntzan, y el príncipe Cuinindangari, sobrino y secretario íntimo del rey.

Puso éste en conocimiento de los consejeros que el gran sacerdote de Tzinápecuaro había sorprendido á Atzimba faltando á sus votos religiosos y que su cómplice era el extranjero que se hallaba en prisión; el mismo sacerdote agregaba que la princesa había muerto realmente y que el extranjero la había hecho resucitar, valido de conjuros hechos á su Dios.

Tzintzicha, fanático y supersticioso, vacilaba en el castigo que había de imponerse á la princesa. Sacrilega y perjura, debía ser enterrada viva; mas su resurrección, obra de un patente milagro, la ponía fuera del alcance de la justicia humana. Sobre este punto debía rolar la discusión. En cuanto á Villadiego y á los nobles mexicanos que lo acompañaban, debían ser sacrificados en el templo de la diosa Xharatanga.

Largo rato duró deliberando el Consejo. ¿Cuál fué la resolución que acordó?

**

En la tarde de ese día emprendió el rey su regreso á Tzintzúntzan. La princesa Atzimba marchaba entre los viajeros. Las lágrimas surcaban sus mejillas y una intensa palidez velaba su semblante. Al mirarla el pueblo, creía que lloraba por el cielo que había perdido, y que anhelaba franquear de nuevo la sagrada puerta de las cuatro estrellas.

A los tres días de estos sucesos, los habitantes de Tzintzúntzan se agrupaban en las calles á ver pasar unos embajadores que se decía habían venido de México. De repente circuló la noticia de que aquellos eran falsos mensajeros, pues que se suponían enviados del rey de México, cuando era notorio que éste había cesado de reinar.

Villadiego no marchaba entre la comitiva. El rey había dado orden de que no fuese introducido, sino á las altas horas de la noche.

Se oía en el templo el ronco són de los caracoles congregando al pueblo, y sin embargo, no era la época de ninguna fiesta, ni la hora acostumbrada de las oraciones.

La multitud ocupó el espacioso atrio que rodeaba al templo.

Unos sacerdotes conducen diez prisioneros, suben las gradas del santuario, y, pocos momentos después, los corazones humeantes de los compañeros de Villadiego son ofrecidos á la terrible diosa, cuya efigie representa al astro apacible de la noche.

**

Cuatro horas hacía que el sol había desaparecido en el horizonte. Una canoa tripulada por diez remeros se desliza sobre la onda quieta de la laguna. Los remeros son grandes personajes de Tzintzúntzan que conducen á Atzimba y á Villadiego. Los jóvenes se entregan á los transportes de la felicidad.

Desembarcaron los viajeros en un puerto escondido de las floridas playas de Carichero, sitio veraniego de los reyes, por aquel entonces desierto y solitario.

Allí se pasa el día: los amantes ocuparon la más lujosa cámara del palacio, desde cuyas ventanas contemplaban el lago, las piraguas que surcaban la superficie líquida, las aves que nadaban ó se dejaban llevar por las delgadas olas, y aquel cielo azul, tan limpio y tan sereno. Los guerreros vigilaban el recinto para que no hubiese ojos indiscretos que revelaran el secreto. . . .

Llega la tarde y la comitiva continúa el camino. Los dos jóvenes ocupan un cómodo y elegante palanquín.

Atzimba está impaciente por llegar á los fértiles campos de Curíncuaro, en donde la brisa tibia y embalsamada de la Tierra Caliente será el aire que respire su pecho. Allí los manantiales de cristalinas aguas murmuran dulcemente y convidan con su frescura á tomar los deliciosos baños; allí cintilan vivamente las estrellas en la profunda bóveda de la noche: los dulces cantares, las horas de amor interminables, los rumores del bosque, la ansiada soledad.

Los amantes creen que el corazón del rey se ha enternecido, limitando su castigo á un destierro delicioso. Villadiego piensa además que se le guarda como un rehén precioso, colmándolo de dicha y de riquezas.

La comitiva llega al amanecer á un alcázar arruinado en los alrededores de Surúmucapio.

La nueva jornada de la noche va á terminar en las escondidas sementeras de Píndero. Allí los árboles de la tierra fría y los de la Tierra Caliente enlazan sus ramas. Los amantes pasan el día á la sombra de un bosque impenetrable, escuchando de tiempo en tiempo el rumor majestuoso de la vecina catarata.

Los nobles de la escolta aumentan su vigilancia para que ningún caminante extraviado pueda burlar el secreto de la expedición.

A la caída de la tarde, Atzimba, nerviosa y exigente, insta á los conductores á continuar el viaje. Villadiego experimenta un vago temor y no participa del entusiasmo de su amada. ¿Es que ya se desvanece en su corazón la ilusión satisfecha y no tiene para él encantos una vida de amor en bosques solitarios, en vergeles floridos y perfumados, pero siempre desiertos?

La comitiva emprende esa noche su viaje, más temprano que de ordinario.

Ya entrada la noche, llega á la orilla de la ba-

rranca de Curíncuaro, cuya sima se pierde en espantosa profundidad. Las paredes están acantiladas. En el hondo lecho se oye el rumor confuso y vago de un arroyuelo cuya corriente va chocando en las peñas.

Atzimba, aterrorizada, vuelve sus ojos hacia los conductores. La luna, que en esos momentos asoma por un claro de las espesas nubes que cubren el cielo, ilumina la faz de aquellos hombres, faz pálida, hosca y terrible que hace estremecer á la princesa.

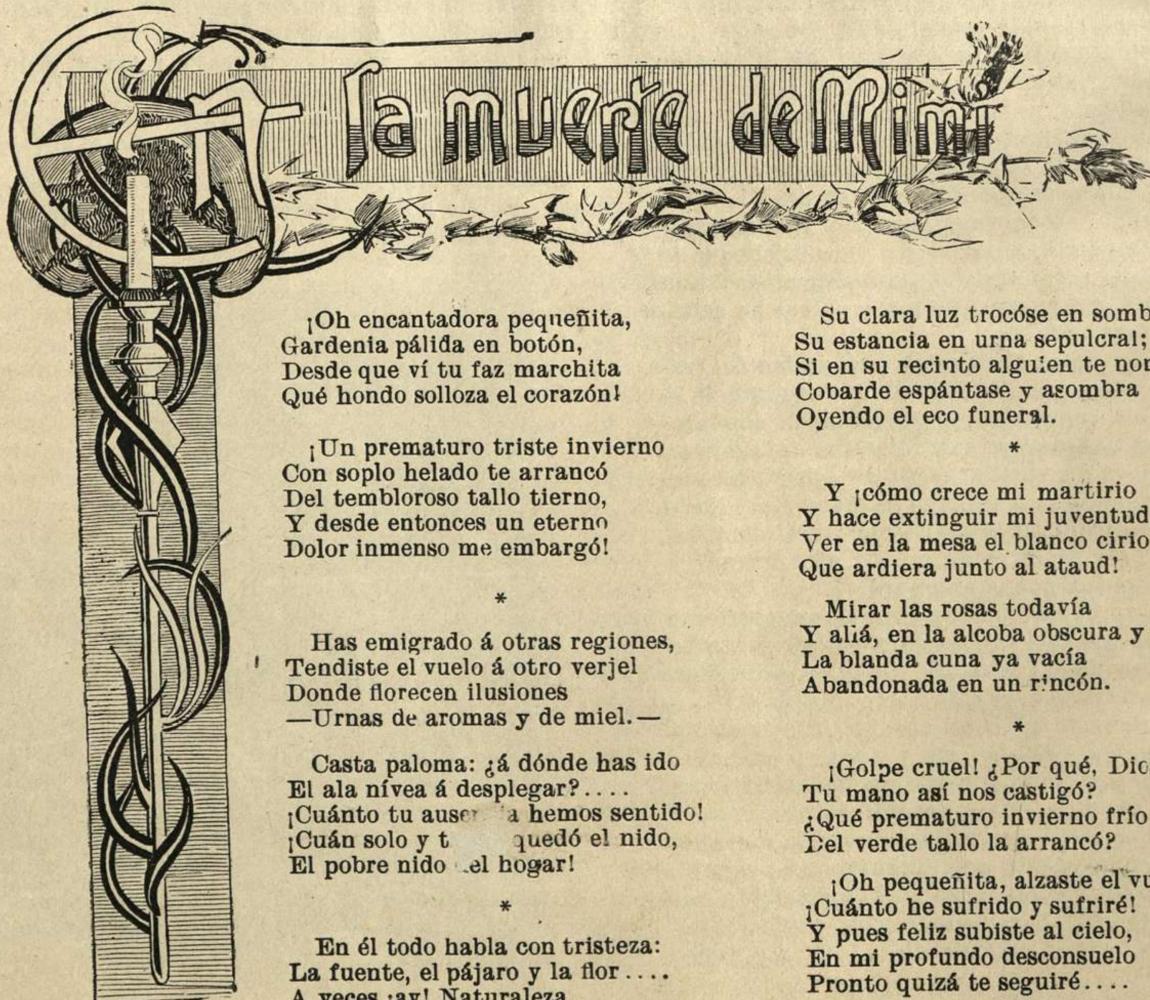
De repente los guerreros se dividen en dos grupos. Uno de ellos se apodera de Atzimba y el otro de Villadiego. Sin darles tiempo de pronunciar una palabra, atan á los dos amantes, los descuelgan con larguísimo cables, y cuando calculan que han llegado á la mitad de la altura de la barranca, el jefe de los conductores esfuerza su voz y les grita para advertirles que existe allí una gruta y les ordena que penetren en ella. Los amantes obedecen, y los conductores recogen los cables. Después bajan provisiones de boca y dos grandes tinajas llenas de agua.

Luego, todo queda en silencio. Apenas se oye en el fondo de la barranca el vago rumor de las aguas que chocan en las peñas.

**

Han pasado más de tres siglos: el viajero que atraviesa la barranca de *Jicalan Viejo* ve con admiración las tinajas que están en la entrada de una gruta, á la mitad de las paredes acantiladas de aquella profunda sima, y no puede explicarse cómo pudieron ser allí colocadas.

**



¡Oh encantadora pequeñita,
Gardenia pálida en botón,
Desde que ví tu faz marchita
Qué hondo solloza el corazón!

¡Un prematuro triste invierno
Con soplo helado te arrancó
Del tembloroso tallo tierno,
Y desde entonces un eterno
Dolor inmenso me embargó!

Has emigrado á otras regiones,
Tendiste el vuelo á otro verjel
Donde florecen ilusiones
—Urnas de aromas y de miel.—

Casta paloma: ¿á dónde has ido
El ala nivea á desplegar?
¡Cuánto tu ausencia hemos sentido!
¡Cuán solo y triste quedó el nido,
El pobre nido del hogar!

En él todo habla con tristeza:
La fuente, el pájaro y la flor
A veces ¡ay! Naturaleza
Nos acompaña en el dolor!

Menos aún se explicaría ese viajero la existencia de dos esqueletos humanos en el fondo inaccesible del antro.

EDUARDO RUIZ.

TRES SONETOS.

FE.

Faro de los abismos, alba pura
De un santo amanecer, que en alto brillas,
Luz de las almas buenas y sencillas
A quienes sed de inmensidad apura;
Por tí, en el seno de la noche oscura,
Triunfos canto, y espero de rodillas
La explosión de soñadas maravillas
En los hondos arcanos de la altura.

Mi fuerza es el amor, afán sagrado,
Mis alas son las ansias del deseo
Y mi suspiro un himno á lo ignorado;
Y en pos de un sol que siento, aunque no veo,
Ante el Misterio augusto prosternado,
Beso el humilde suelo, adoro y creo.

ESPERANZA.

No hubo desdicha ni pasión bastarda
Que no me hiriesen con su dardo impío:
Desengaño, dolor, desdén y hastío
La fosa abrieron que mis sueños guarda.

La paz que tanto en sonreirme tarda
Es el laurel que fatigado ansío,
Como la tierra que abrasó el estío
Frescor de lluvia con afán aguarda.
¡Perecer es triunfar! La tumba es puerta
Al infinito y á la luz abierta
En este mundo de baldón y escoria.
¡Venid, penas y abrojos de la vida,
De pie os agrardo con la frente erguida,
Porque el dolor es padre de la gloria!

CARIDAD.

De mi vida, Señor, turba el encanto
Del mendigo la trágica agonía,
Y del sollozo amargo la elegía
En mis pálidos labios mata el canto.

De todos los que sufren, el quebranto
Es la sombra que nubla mi alegría;
¡En el fondo de amor del alma mía
Infinita piedad hay para el llanto!

Señor, concede sombra al peregrino,
Amparo al niño sin hogar ni madre
Y paz á todo aquel que sufre angustia;
¡Más si llorar es su fatal destino,
Cuando retornen á tu seno, oh Padre,
Corona de astros su cabeza mustia!

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.

Guadalajara.

Su clara luz trocóse en sombra,
Su estancia en urna sepulcral;
Si en su recinto alguien te nombra,
Cobarde espántase y asombra
Oyendo el eco funeral.

Y ¡cómo crece mi martirio
Y hace extinguir mi juventud,
Ver en la mesa el blanco cirio
Que ardiera junto al ataúd!

Mirar las rosas todavía
Y alí, en la alcoba oscura y fría,
La blanda cuna ya vacía
Abandonada en un rincón.

¡Golpe cruel! ¡Por qué, Dios mío,
Tu mano así nos castigó?
¡Qué prematuro invierno frío
Del verde tallo la arrancó?

¡Oh pequeñita, alzaste el vuelo!
¡Cuánto he sufrido y sufriré!
Y pues feliz subiste al cielo,
En mi profundo desconsuelo
Pronto quizá te seguiré. . . .

JUAN B. DELGADO.